

El Ser perfecto.

Ontología del colapso moral.

Al error 206246.

Y a los que heredaron el incendio y se les prohibió gritar fuego.

Por la esperanza. Que Descanse en paz.

1. Ortus Hominis.

(El nacimiento del hombre).

En el oscuro sótano el vapor frío nublaba la vista. Sobre la mesa apenas se distinguía un huevo de casi metro y medio, con un agujero impreciso para observarlo todo. Lo alumbraba una lámpara de lava púrpura que, aunque no abarcaba su tamaño, resaltaba su blancura como neblina frente a las coloridas invenciones abandonadas en otras mesas. En el sudor de su cáscara se reflejaba el rostro hinchado de la joven: una mirada vacía, una sonrisa débil y manos temblorosas; mismas que marcó en el cuello del hombre que agonizaba bajo ella sin resistirse. Él, con sus ennegrecidos ojos, no apartó la vista del huevo que construyó con fe y que esa noche lo veía morir. En el sudor de su frente, atenuado por la saliva de la asesina, sólo se reflejó la luz púrpura y el agujero del huevo como un hueco en su propia cabeza.

Afuera cesó la lluvia. El agua se colaba por la ventana, y este error de la naturaleza fue la única prueba que la joven dejó en las huellas de sus botas. El padre del huevo yacía inerte en el fango de sus ideas, con su sangre achocolatada en el agua cristalina y el lodo denso. Su mirada vacía seguía llena del huevo blanco que nunca dejó de observarlo. Más tarde, los forenses descubrirían que el vapor emanaba del interior del cascarón, no de la tormenta. Afuera nunca llovió.

Pasaron varias noches hasta que el crimen salió del sótano. Mientras nadie preguntaba por aquel hombre, el huevo se agrietaba con el crepúsculo. Su cáscara se tornaba blanca, cristalina, y proyectaba una sombra imponente bajo la luz púrpura; en el agua contaminada del suelo esta sombra era un hombre, un insecto, todas las formas, pero nada asomó nunca a través del agujero. Sólo el vapor denso que comunicó el crimen a los manifestantes de La Furia Pacífica cuando la casa pasó días evaporándose.

Entonces llegaron los peritos y oficiales, tapizaron el hogar con cintas de restricción, y al bajar al sótano la tos fue la bienvenida para todos. Cuando creyeron que no había nada más allá de un crimen pasional, se encontraron con la luz púrpura intermitente que iluminaba el enorme huevo erosionado. Se había partido en dos: la mitad de la cáscara yacía en virutas sobre el difunto; la otra mitad permanecía intacta en la mesa, un plato hondo fisurado del que el vapor continuaba como un torrente incesante.

Uno de los forenses examinaba los pedazos y le preguntó a Leo qué podría haber salido de ahí. De pronto, unos ojos hondos y negros miraron desde el fondo del plato.

—Es un... polluelo —dijo Leo, y sintió en su pecho que no lo era—. Creo.

2. Fictio Prudentiae.

(LA FICCIÓN DE LA PRUDENCIA).

Leo y yo asistiríamos a la conferencia del Dr. Pec Dirión, pero me avisó de urgencia que se desviaría a casa del Dr. Frank, asistí entonces sin compañía al auditorio de la universidad y permanecí de pie detrás del escenario, sabía que para el Dr. Dirión las interrupciones eran tiempo, y él era del tipo que se mantiene calvo para no perder tiempo en barberías. Me llamó la atención que llevaba su bata de laboratorio, pese a que su plática era más para incentivar la reproducción que para dar cátedra o experimentar, sin embargo, sus palabras eran hipnóticas aún en sus desvíos.

—Por eso me preocupa que las generaciones más jóvenes ya no se reproducen, tal vez no sopesan lo suficiente sus acciones, o la vida les parece una carga y la especie un mal, pero bajo esta preocupación les pregunto... ¿Qué nos hace humanos? —para mí fue tan sencillo que preferí no responder, por vergüenza a equivocarme en realidad, y supongo que el resto también pues sólo callaron—. Quiero pensar que las últimas décadas se dejó de estudiar el valor humano al darlo por hecho, y sería nuestra culpa de generaciones pasadas que ustedes hoy piensen así, pero —una joven lo interrumpió en primera fila.

—La humanidad es una plaga, profesor, y no somos inconscientes de las consecuencias de no tener hijos, pero ¿para qué traer más hijos al mundo que van a ser usados para pagar nuestras pensiones? —el Dr. Dirión hizo una mueca, y escuchó el resto más por respeto que por gusto—. Esa grandeza de ser humanos y tener consciencia no nos hace distintos de los animales, sólo más esclavos...

—Perfecto, al menos alguien tiene pulso —con una breve reverencia agradeció a la joven y ella tomó asiento—, aunque esté incorrecta... El debate sobre el criterio de demarcación de la humanidad sigue abierto, a pesar de milenios de epistemología no hemos resuelto si nuestra dignidad ontológica reside en la racionalidad hegeliana, el lenguaje recursivo o la conciencia de segundo orden... Eduardo, el chico maravilla, como algunos recordarán, en la última presentación de su tesis intentó un fallido ejercicio de la bioética: postuló una escala. ¿Qué les parece si examinamos el corolario de esa hipótesis? Y podemos empezar con... ¿Qué nos diferencia de otras especies? Un alumno alzó la mano para hablar y dijo que estar allí todo el día lo hacía humano y lo diferenciaba de un perro. Algunos rieron, el Dr. Dirión aplaudió la respuesta.

—En efecto, la condición de hablante y participante activo en la polis es el mínimo requerido para la percepción del estatuto moral. ¿Cómo podríamos, por ejemplo, conferir ese estatuto a un canino?

—Si intercambiamos los cerebros de un perro y un humano, ¿no serían cada uno lo que es, en otro cuerpo? —dijo otro estudiante del fondo.

—Precisamente —dijo Pec con una sonrisa y se ventiló con su bata—. El perro seguiría su existencia con su lógica canina, y el humano retendría su impulso volitivo y sus estructuras cognitivas, aunque no pueda hablar por la biología del perro. La distinción es, por tanto, inherentemente biológica. ¿Cómo podríamos establecer un baremo de valencia ontológica si el sustrato neural de la criatura carece de la complejidad funcional del nuestro? El *Homo Sapiens* es una designación de la biología, no un constructo conceptual. En primera fila, un anciano demacrado interrumpió con su risa seca, miró al Dr. Dirión y dijo:

—El *Homo Sapiens* es biológico, sí, pero la humanidad es el juicio que esa biología enfrenta. Y ese juicio, Doctor, lo dictó su colega muerto.

Sus arrugas recordaban a Frank, y la tibieza de su mirada era genuina, como si no le importara debatir.

Antes que el Dr. Dirión respondiera, vi en su rostro la extrañeza de no saber qué decir, y entonces apareció detrás de las cortinas Leo, su mano derecha.

—Es urgente, Pec —dijo y esperó allí.

El Dr. Dirión se disculpó con la audiencia y dijo volver en un momento, para luego salir de prisa del escenario.

Cuando pasaron junto a mí Leo me tomó del brazo para llevarme con ellos, y llegamos a una sala de laboratorio en la que conocí al Dr. Noei G., aunque nadie me lo presentó, pero recuerdo que era él por su constante tos carrasposa. Mientras platicaban noté en la mesa una jaula hermética con un polluelo dentro, era pálido, de húmedas plumas escasas y ojos como agujeros. Al verlo sentí estática en mi pecho, vi tenues destellos púrpuras en sus ojos y podría jurar que se metió en mi mente, se disculpó por hacerlo y pidió permiso para permanecer allí, y aunque todo fueron sensaciones, dije que sí en voz alta. Leo me miró pálido y me apartó de la mesa, tomó la jaula, la puso en manos del Dr. Dirión y le dijo:

—Pruébalo tú mismo si no nos crees, Pec.

El Dr. Noei encendió un cigarrillo y se recargó en la pared para observar el primer contacto de su amigo con el polluelo. La estática era continua, las sensaciones electrizantes y variadas, de pies a cabeza, cada una un concepto distinto. ¿Estaba esa cosa comunicándose? El Dr. Dirión miró de frente al polluelo y rio, y este lo miró devuelta. Al instante palideció, dejó caer la jaula y se llevó una mano al pecho mientras con la otra se sostenía del Dr. Noei,

quien soltó el cigarrillo en su rápida reacción. La jaula se abrió en el suelo y Leo me gritó que no lo dejara huir, incluso se asomó bajo la mesa y miró a todos lados por sí había escapado rápido, pero cuando tomé la jaula el polluelo seguía dentro sin asomarse. La cerré, la devolví a la mesa y el Dr. Dirión tosía y gritaba qué fue eso.

—Es lo que intentamos decirte, animal —dijo el Dr. Noei y sostuvo fuerte la jaula mientras tosía hondo—. Leo lo encontró en la casa de Frank, es una anomalía, también tuve taquicardia cuando Leo lo trajo conmigo.

—Por eso lo trajimos contigo, Pec —interrumpió Leo—, pero veo que no fue distinto.

—¿Y por qué no vino Frank? —dijo el Dr. Dirión sin mirar la jaula y aún con una mano en el pecho—. ¿Sigue enojado por lo de Erik?

Leo bajó la mirada y el Dr. Noei negó con la cabeza. Ninguno lo abrazó ni le dijo directamente que esa mañana encontraron al Dr. Frank, asesinado hacía días en su propio sótano, pero vi en sus ojos las lágrimas contenidas y luego su risa por las palabras del anciano en la conferencia. En ese momento comprendí por qué todos acudían a él cuando las emociones superaban los problemas.

—¿Lo sabe la agencia?

—Ellos me mandaron a la casa de Frank, dijeron que había... Supongo que algo han de saber, Pec.

—Tomen una muestra y hagan un análisis de ADN.

Se pusieron de acuerdo para llevar al polluelo al Lab-Z, tenerlo en observación y que ya pensaría el Dr. Dirión qué hacer después.

Antes de salir de ahí, noté en el suelo el cigarrillo del Dr. Noei, apagado a... picotazos. Lo sostuve con cuidado, observé al polluelo en la jaula y caminé. En la televisión del pasillo anunciaban la creciente tensión nuclear, y el Dr. Dirión dijo que los maletines atómicos eran sólo medidas de hombría entre países, no realidades.

—Nadie es tan tonto.

Sin embargo, alertaron que de continuar la situación las próximas semanas habría retrasos logísticos y escasez.

—Realidades, queremos realidades —copió Leo con risas al doctor.

Pero el Dr. Dirión estaba pálido, miraba hacia dentro más que al frente, y al doblar chocó con una mujer que lo miró hondo, con ojos negros y sin parpadear. Sentí los ojos del polluelo, supongo que él también porque bajó la mirada e ignoró a la mujer para regresar al auditorio.

Yo me quedé junto a Leo tras las cortinas, y mientras el Dr. Dirión se disculpaba y decía recién haberse enterado de la tragedia del Dr. Frank, Leo atendía una llamada en susurros.

—Dar por hecho un juicio humano es dar por hecho el estatuto humano —decía el Dr. Dirión sin mirar al anciano al que respondía. Sin mirar a nadie—, y el juicio sólo puede venir de nosotros mismos, por tanto, no hay humanidad más allá de nosotros, pues nuestra capacidad de moldear nuestro entorno es lo que nos separa de la bestia —sonreía y miraba suspicaz a quien vacilara con refutarlo—. El animal se adapta al frío; el humano crea la calefacción. El animal teme al futuro; el humano lo planifica.

Murmullos crecieron en la sala, y el zumbido de teléfonos al unísono lo hizo revisar el suyo. De pronto, Leo me tomó del brazo y dijo que tenía buenas y malas noticias, pero sus ojos llorosos me hicieron dudar. En la sala, la estudiante de antes del fondo, se puso de pie con el celular en su temblorosa mano.

—Doctor... Confirmaron el colapso de la plataforma del Thwaites.

El Dr. Dirión miró irritado hacia las cortinas y murmuró que debieron avisarle, como si supiera que allí estaba Leo. Le molestaba más la interrupción que la noticia.

—Siéntese, joven. Las proyecciones climáticas son variables constantes, no interrupciones académicas.

—No es una proyección —dijo una joven morena con playera de La Furia Pacífica—. La noticia dice que la grieta basal se conectó, pasamos el punto de no retorno hace unas horas, y el nivel del mar subirá tres metros en la próxima década... Ya no hay planificaciones válidas, doctor. ¿Así esperan que tengamos hijos?

Su tono dejó un silencio incómodo. El doctor no se molestó en mirarla, caminó de un lado al otro y respondió al aire.

—El pánico es la antítesis de la razón, y alguien de La Furia Pacífica no me parece que razone... Si el glaciar Thwaites cae, construiremos diques más altos. Si el mar sube, nuestra ingeniería sube con él. Eso es ser humano, no someterse a la geografía, y eso es lo que quiero que entiendan, el glaciar es materia, nosotros intelecto. Y el intelecto, el humano, siempre encuentra una salida.

Hubo aplausos exagerados, sólo pocos lo miraron aterrados. Tras eso dejé de verlo como un líder de razón, me pareció más un hombre que le grita al tsunami y espera que este razone. Mientras él regresó al interior para encontrarse con Leo, yo me quedé en las cortinas, no procesaba todavía las noticias de Leo, y juro haber sentido la mirada del polluelo en el anciano que no volvió a hablar. La misma mirada que luego vi en la alumna del fondo, y la de La Furia Pacífica, y en tantos más. Era como si al ver sus ojos cayera en un agujero irremediable.

3. Dii Qui Abierunt.

(LOS DIOSES QUE SE FUERON).

La buena noticia que me dio Leo era que por un imprevisto logró integrarme al equipo, sería mi oportunidad para empezar mi vida de ciencia de verdad. La mala noticia fue que ese imprevisto, era que lo enviarían a la Antártida por el colapso del Thwaites.

En un principio el Dr. Dirión fue reacio, pero Leo me dijo que simplemente lo llamará Pec y con el tiempo él mismo me integraría, y así me presenté ese día, con menos respeto y mucha emoción por conocer a Relativo, el hámster del equipo que podía estar un momento en su jaula, y al siguiente explorando el laboratorio.

El doctor nos mostró los resultados de la Supercomputadora Sapiens en la que el Dr. Noei examinó el ADN del polluelo; Marcadores STR: Coincidencia 99.9% con sujeto F. Haplogrupo paterno confirmado.

—¿Pueden creerlo? —dijo con una sonrisa contenida—. Un hombre con décadas de ciencia contaminó la muestra con un cabello, sudor, saliva... Y ahora tenemos un pollo humano.

—O al hijo de Frank —dijo Noei con una risa carrasposa.

—Y si analizas un queso de rancho encontrarás marcadores humanos porque el granjero estornudó cerca, ¿no?

—Sólo digo... 99%, Pec —Noei encendió un cigarrillo.

El Dr. Dirión se quitó los lentes y se frotó el puente de la nariz, luego miró a Erik con una sonrisa de obviedad.

—Frank vivió en este laboratorio gran parte de su vida. Comía aquí, dormía aquí, sudó y fornicó aquí... Estas paredes no están hechas de ladrillos, están hechas de la caspa de Frank, respiramos su ADN, es simplemente contaminación por legado —se levantó y caminó alrededor de la mesa, luego se detuvo tras Noei y lo tomó de los hombros—. Ese resultado dice más de ti que del espécimen, dice que tomaste la muestra en una placa de Petri que Frank probablemente tocó hace seis meses sin desinfectarse. Dice que el secuenciador no leyó la ontología de la muestra; leyó el ruido de fondo que un experto no se molestó en limpiar.

—Pero —intentó Erik.

—Es pareidolia genética. Fin —el Dr. Dirión arrugó la hoja de los resultados y la aplastó en el pecho de Noei—. No lo archives, vamos a enviar la muestra B a Leipzig.

—¿Alemania?, ¿no tardarán... demasiado? —me animé a decir algo por primera vez.

—Sus protocolos de descontaminación pueden filtrar la respiración de un homínido y la caspa de Frank —dijo y volvió lento a su asiento. Limpió sus anteojos con vapor de su boca y su propia bata y me miró brevemente—.

Pueden tardarse lo que quieran.

Después me envió a solicitar la muestra junto a Erik, quien no me habló más de lo necesario para explicarme qué correos enviar y a quién. Por la noche volvimos al laboratorio, y el Dr. Noei y Dirión discutían en la sala qué más hacer. Entramos en silencio, nos sentamos, y en la pared del fondo se abrió una escotilla tras la cual había un cristal grueso, allí volví a ver al polluelo. Estaba del otro lado, húmedo, escaso en plumas, con sus ojos sin reflejo.

—Lo más sensato sería abrirlo para examinarlo desde las entrañas —dijo el Dr. Noei, luego volteó los ojos y sugirió como segunda opción analizar las resonancias del cerebro y lo que estas producían en el nuestro.

—Dado el nublado juicio de Frank en sus últimos días, lo mejor sería probar la capacidad de razonamiento mediante un cuestionario —dijo Erik, cuyas manos temblorosas camuflaba jugando con un lápiz.

—Un cuestionario legal, supongo —tosió Noei reseco, recargado en su silla con la mirada al techo—. Digo, ya que estamos técnicos... ¿Nadie quiere hablar del elefante en la habitación?

El lápiz de Erik se detuvo en seco y sus manos vibraron. El silencio lo amortiguaban los pasitos de Relativo que patrullaba la sala.

—Preferimos hablar del ave, Noei. Si no te molesta —dijo Pec sin levantar la vista de sus notas, indiferente.

Noei soltó una risa nasal, levantó las manos en señal de rendición y me señaló con la mirada. Erik tragó saliva y también me señaló. Supuse que no era un elefante muy grande y no me atreví a preguntar, así que tomé el turno, me apoyé en mi libreta y con tartamudez les conté que al sintonizar las ondas magnéticas podríamos sentir lo que el polluelo y traducirlo a palabras.

—Lo que describes es entrañable, pero científicamente es lo que llamamos pareidolia somática —dijo el Dr. Dirión, sin mirarme—. Cometes la novatada de confundir correlación con causalidad, no propones un traductor, eso es básicamente una cámara de eco para tus propios sesgos cognitivos.

Me dijo que mi difuso campo magnético induciría una sinestesia descontrolada, y que nunca escucharía al polluelo.

—Escucharías tu propio deseo de humanizar una piedra. Tu “magnetismo sensorial” es poesía, no ciencia, y —por un momento me señaló con los dedos índice y medio, y negó con la cabeza—. No importa, la poesía tiene lo suyo... Sólo no persigas fantasmas.

Evité las miradas, cerré mi libreta con cuidado y me distraje con Relativo, que se paseaba en el borde de la ventana como si olfateara al polluelo.

Ellos siguieron con la discusión, al fondo la televisión presentaba la décima amenaza del presidente Atómico, y cuando Pec me vio de inmediato apagó el televisor. No me dijo nada, supongo que no quiso regañarme frente a los demás por mi distracción. Y entonces cambió de tema, con una seriedad pícaro sugirió que la chica que mató a Frank pudo ser una prostituta a la que no pagó. Fue inevitable reírnos, y los chistes siguieron, hasta que Relativo saltó a la mesa y corrió a refugiarse en el Dr. Noei. Sentimos la estática colarse en nosotros, el permiso de comunicación y la disculpa por hacerlo. Todos asentimos con la mirada en el polluelo. Y tras un cosquilleo en el lóbulo, en las orejas, en el cuello...

—¡Frank fue un hombre intachable! —dijo Pec, con una mirada que retaba al polluelo.

Supe que todos entendimos lo mismo cuanto noté el temblor en las manos de Erik, el sudor en la frente de Noei, y lo insoportable que era para Pec tener que mirar al polluelo y admitir que lo entendió. Lo siguiente fueron pulsos eléctricos, pulsaciones cerebrales, un poco de distintas sensaciones que respondían a Pec, y que cada quien en torpes intentos descifraba por su cuenta.

—¿Entonces fue un acto de venganza? —dijo y arremangó su bata.

Sentí un hormigueo en el estómago: *Venganza. Es... Deseo. Reciprocidad. Acción contra... Individuo.*

Era difícil traducirlo mentalmente, pero las sensaciones cada vez eran más precisas; roces, pellizcos, empujones. Todo lo sentíamos sin movernos del asiento.

¿Qué venganza... ser... cuando quien. La. Ejer...ce. Se castiga a sí... mismo?

—¿Entonces fue justicia que esa muchacha matara a Frank porque él la violó antes?

Silencio. La estática se detuvo, y Pec sonrió burlón mientras que Noei decía que, si era esa la noción de justicia de un pollo que se consideraba humano, le iría mejor en un caldo. Y la estática regresó más tenue, nos adormeció los labios y párpados, nos agudizó el oído. Escuché la respiración pesada del polluelo, y mi propia sangre, la sangre de los doctores, el corazón asustado de Relativo... Y cada sensación fue más ligera, pero más exacta.

Fue venganza en concepto. Fue motivación... por... do-lor a...cumulado durante años de... silenciamiento, que no silencio, pero... ¿qué es la justicia sino la imposición sobre el dolor de la víctima para castigar al criminal... o no? —no tuvo que moverse para que todos viéramos a Erik, sabíamos que lo veía a él—. Si tú eres el juez y no sufriste lo denunciado, ¿hasta qué punto puede importar tu empatía?, y si lo sufriste, ¿no se volvería tu juicio en venganza?, ¿qué tan empático puedes ser, y hasta qué punto es válida tu retórica subjetiva u objetiva para dictar una condena que no sea sólo justa y

proporcionada para el criminal, sino con mayor importancia, para el dolor de la víctima?

Juro que Erik quería gritarle, vi sus labios temblorosos, lo vi aguantar su réplica en esos ojos secos y autoritarios, que de a poco se convencían.

El dolor y el trauma de un abuso no se irán en cincuenta años, pero quien abusó será libre antes de eso. La irreversibilidad del asesinato hace imposible que cualquier condena abarque el crimen y nos regrese al difunto. ¿Hasta qué punto es justicia matar al criminal sin matarlo? Arrebatarse su libertad.

Condenar sus derechos por el resto de su vida sería el equivalente a condenar su vida, pese a que el dolor que su crimen dejó no se remedie. ¿Hasta qué punto es esto justicia?, ¿y entonces cómo definen la justicia si debe ser justa para la sociedad y para el juez, más que para quien sufrió? En todo caso, la justicia es una venganza arrebatada a la víctima para darle una ilusión de paz y restarle culpa, aunque su deseo de un castigo todavía es venganza a manos de otros. Venganza, justicia, ¿qué importa, más allá de lo que hace dolores sintió esa joven cuando usó su voz y nadie la escuchó?

Erik se puso de pie y gritó en voz alta lo último que transmitió el polluelo:

—¿O nadie quiso escucharla?! ¡No había evidencia concluyente contra Frank! —para ocultar el temblor de sus manos golpeó la mesa y nos miró en busca de aprobación—. La justicia nunca será venganza, la venganza es irracional, pasional, animal, una bajeza. La justicia es racional, la herencia de nuestra conciencia y la cúspide de nuestra moral —con el sudor frío en su nariz, sus anteojos resbalaban y vi sus ojos por encima; casi tan hondos como los del polluelo—, por eso nunca será justa la pena capital y por eso todo castigo debe ser proporcional, empático, hasta con el peor de los criminales, pero todos son inocentes hasta que se demuestre lo contrario —Pec asintió sin mirarlo. Noei soltó una risa nasal.

—O hasta llegar a un acuerdo judicial por leves...

Pec lo detuvo con la mirada, Erik apretó la mandíbula y me miró. Yo sólo miré el vapor de su boca, las grietas de sus manos, y evité su mirada. El polluelo caminó lento hasta pegarse a la ventana, y sentí el frío en mi espalda al notar que los demás también exhalaban vapor y fingían no frotar sus brazos.

¿Has-ta... qué punto es... justo. Dar. Un. Castigo... en consecuencia de un crimen?, ¿por qué el concepto de... jus-ticia, es compartir la herida con el criminal y no sanar la-de-la víctima?, ¿en qué punto de la condena se borrará el crimen de la historia y el tiempo y se volverá justicia entonces el cautiverio del criminal? ¿Hasta qué punto... es justo decidir por encima del libre albedrío del otro, por encima del consentimiento y deseo, para elegir la condena justa que la víctima se supone espera y la condena justa para que el criminal sienta el castigo junto al peso de su crimen?

—Lo entendiste mal —Erik reacomodó sus anteojos y caminó hasta la ventana frotándose los brazos—. La condena del crimen es por prevención social, para disuadir a otros de hacerlo, dar un mensaje a los infortunados de que serán protegidos y respaldados por la ley, y los criminales perseguidos y sentenciados —la ventana se congeló del otro lado, y Pec comparaba lo que veía con algo en su tableta.

Aleatorio. Ajeno. Derrame... aceite. Carretera. Te provoca un... accidente. Tras el cual acabas con la vida de una fa-mi-lia, ¿sería justicia castigarte? Habrá pérdida en otra familia, el odio a ti será natural, querrán tu muerte, condenarte.

Noei dijo que el pájaro quería mucho a Erik, y Pec lo miró con una seriedad que le borró la sonrisa. Mientras en el cristal que recluía al polluelo se dibujaban copos filosos, y todos estornudamos al mismo tiempo.

Siempre —un estornudo—. Busca —otro estornudo. Malo en los accidentes... ¿Qué aprenderás encerrado que no supieras antes? Ya eras un hombre de valores y principios, de moral. Ahora sólo asesino. No importaría tu intención ni moralidad, culpa ni arrepentimiento, ¿de qué te vas a arrepentir?, ¿de un accidente?, ¿y qué vas a aprender?, ¿cómo no accidentarte?, ¿cómo ser un mejor hombre para reinsertarte en la sociedad, aunque nunca hiciste nada que mereciera excluirte? Con este mismo castigo, ¿qué aprenderías si carecieras de consciencia y en un abrazo de emoción matas a un niño?, ¿merecerías un castigo?, ¿más por matar a un niño, que por el hecho de matar?, ¿serviría de algo ese castigo a un Ser sin consciencia? Incluso en el castigo buscan el capricho de la comprensión, necesitan un castigo que sea comprendido, sentido y sufrido por el castigado para que sea formalmente castigo, y así dictan condenas dispares para los mismos crímenes basados en la comprensión que tendrá el acusado, en cómo le servirá, en cómo le afectará e incluso en cómo lo percibirá el resto... ¿Un castigo desproporcionado como ejemplo para los demás, quizá uno menor para escarmentar; uno intermedio para ser justo, o ninguno para la excelente defensa a pesar de las pruebas?

Erik frunció el ceño y golpeó la ventana cristalizada. Todos nos asustamos, excepto el polluelo, permaneció inerte con sus ojos hondos en la mirada de Erik. La ventana se agrietó y el frío dejó de ser cómodo; Noei refugió a Relativo en su pecho, y Pec se extendió las mangas.

Por otro lado, si no tuviste un accidente y eres totalmente consciente, eres un hombre que rechazó su moral y valores, ¿qué aprenderás con el castigo? Tú decidiste desaprenderlo, no es que nunca lo supieras, usaste tu consciencia para diluir el bien y el mal... ¿de qué te servirá el castigo?

La ventana se deshizo, no estalló. Sus cristales cayeron junto a Erik sin tocarlo, y antes de reaccionar, lo siguiente no fueron sensaciones que pudiéramos traducir en palabras sino en imágenes, en sucesos, en un momento... Vimos a esa joven, entusiasta e ingenua, vacilante. Estaba frente a nosotros, la veíamos desde un hueco de metro y medio en la mesa del oscuro sótano. Ella sonreía, inspeccionaba, aprendía, cuestionaba al Dr. Frank para qué esto, para qué aquello, y le dijo lo maravilloso que sería el hombre de ese hueco enorme, por haber sido creado por un hombre igual de maravilloso. Frank se sonrojó y le ofreció una bebida, ella aceptó feliz de poder ver como un camarada a su profesor favorito de la universidad, y tras el primer trago lo último que vio fue una nueva grieta en la cáscara del hueco. Despertó desgarrada de sus ropas, desgarrada de su sonrisa, desgarrada por dentro, desgarrada. Y nosotros sentimos el cuerpo sucio, profanado, junto a una erección satisfecha. Frank le dijo que la haría una gran celebridad de ciencia, que esa tarde contribuyó a crear el Ser perfecto, y que si no decía nada todo iría espectacular, o de lo contrario muy mal, para ella.

El tiempo pasó y Frank le hablaba al hueco a diario, le leía sobre la justicia, le recalca el consentimiento, y el hueco nunca respondía, hasta que la grieta del agujero se esparció en más grietillas, y Frank se sintió escuchado.

—La voy a traer y dejarás que me haga lo que quiera. Tú... tú estás por nacer y no puedo ser el padre defectuoso de un Ser perfecto. Deja que pase, déjame pagar por mi crimen, es mi deseo y el mayor regalo que te puedo dar, y la mayor prueba que puedo tener de tu consciencia, de tu vida, de que estás aquí y que ya vienes...

Vimos crearse la lluvia sin que lloviera, y el vapor del agujero fue más denso. Ella despertó de nuevo en el sótano y vimos sus delicadas manos volverse fuerza, su cerebro de ciencia un coágulo de cortisol y dopamina, y sus dientes en lugar de sonrisa formaron la prisión de su grito. Ella lo hizo. Y antes de irse vimos el vapor volverse agua para registrar sus huellas, pero no pudimos culpar al polluelo por delatarla, también sentimos el consentimiento de ella para ser atrapada.

—Ya no soy una víctima —dijo sin abrir la boca—, soy una bestia.

Subió las escaleras con la culpa como reemplazo a su dolor, a su razón. No podía concebir su venganza como justicia, aunque así lo sintiera en sus entrañas, y al nunca ser escuchada como víctima decidió que la escucharían como asesina.

La escena se disolvió en vapor, y nuestros corazones palpitaban sincronizados, mis mejillas temblaban y ya no había frío, pero lo sentimos. Intercambiamos miradas con vergüenza, como si supiéramos a cada uno en la sala un violador,

y como si nos sintiéramos cada uno violado. Por un momento, fuimos también asesinos y asesinados.

Al final, la condena sea cual sea por prevención social, es sólo justicia para la sociedad y el futuro, y una advertencia o una amenaza... La víctima, de este modo, nunca recibe, nunca ha recibido ni nunca recibirá justicia.

Erik salió de prisa con la vista en su teléfono, se excusó en que su hija fue detenida en el bloqueo nacional de carreteras por La Furia Pacífica y necesitaba ir por ella. El Dr. Noei dijo que lo acompañaría si no tuviera asuntos vitales, e intentó resolver un crucigrama que él mismo dibujó en la mesa, mientras calentaba con su aliento a Relativo.

—El problema es la impedancia... Claro —Pec se acercó vibrante al polluelo, y pisó los vidrios—, transmite en una banda ancha que satura nuestros receptores biológicos, por eso... Sí, podríamos saltarnos la amígdala, redirigir el flujo magnético directo al córtex de procesamiento lógico... Convertir la presión en sintaxis, no sentir lo que dice... compilarlo —se giró a mirarme con sus manos garabateando al aire—. Una arquitectura de traducción directa somato-semántica.

El pálido polluelo siguió inmóvil como si aún lo detuviera el vidrio, con sus plumas intactas, su pico cerrado y sus hondísimos ojos negros que nos miraban más allá de nosotros mismos.

—Dios... es tan obvio que es insultante —dijo Pec y palmeó la espalda de Noei.

—La respuesta era un problema mecánico —rio sin sonrisa y siguió en su crucigrama que decía Pájaro, cruzado con Relativo.

—Es brillante, Pec, es grandioso —lo miré a los ojos y él siguió en lo suyo. Noei me miró con extrañeza.

La estática seguía en mi pecho, sin más sensaciones. En ese momento sentí la incredulidad de ser yo, insatisfacción, como si en cada vibración hubiera sido torpe en traducir lo que el polluelo intentó decirnos. Me pareció tan vasto, tan lejos de lo que en palabras podría articular que ni siquiera valió el esfuerzo para buscar una lógica más allá de lo que todos entendimos sin entender; no hay justicia y nunca la habrá.

4. Quid Sumus?

(¿QUÉ SOMOS?).

Pec había prometido que pronto volvería con el compilador que rompería al polluelo, mientras intentábamos hacer algo con la Supercomputadora Sapiens que registraba en tiempo real las resonancias del polluelo, pero se limitaba a devolver ruidos mecánicos y diagramas de un cerebro de pollo común.

—Incluso de ondas marinas recopila más información —dijo Noei frente a la Sapiens. Tecleaba y golpeaba sin cambios.

Algunas veces descargaba pulsos eléctricos más fuertes para forzar alguna señal coherente, alguna prueba, pero su cansancio mental lo llevaba a reír y repetir con orgullo ¡Ven cómo es sólo un pollo, nos lo comemos y se acabó el problema!

Erik arqueó las cejas, desconectó la Sapiens, y antes de un reclamo habló:

—Si no puede traducir su lenguaje, ni teclear sus pensamientos, escribirlos en papel, en una obra de arte, en una constitución... ¿Qué tiene de especial?

—Aún no veo tu constitución, eh—dijo Noei y volvió a conectar la Sapiens.

—Es que es tan, tan... ¡Lo tengo en la punta de la lengua! —Erik se acomodó los anteojos y caminó en círculos.

Noei se llevó la mano al pecho, su corazón se aceleró, y yo sentí mi ritmo reducirse. En Erik no noté algo, pero lo sintió.

Concepto. Saben. ¿En la punta de la lengua? Saben lo que quieren decir.

Interlocutor. Deduce. Contexto. Pero sin la palabra la idea es incompleta. La mirada previa a un abrazo luctuoso comparte el dolor más que cualquier pésame. Y latidos. Corazón. Tras abrazo. Comparten más que cu... poema. La mirada tras una venganza es más fuerte que los insultos, y el último suspiro cuenta más vida que una biografía.

Noei reactivó el escaneo de ondas, dijo que justo eso necesitaba, y redujo el nivel de electrocución para recibir el mensaje limpio.

—¿Y quien no tiene lenguaje?, ¿cómo te vas a comunicar con un enfermo mental, o con un animal? —dijo Erik con las manos en sus canas, la mirada en el polluelo.

No esperábamos coherencia. En cuanto el polluelo adormeció nuestras lenguas y nos hizo sentir cálidos, incluso el Dr. Noei se apartó de la Sapiens para ponerle atención al emplumado.

Precisamente. Comunicación limitada. Caus... pa-decimientos. El cerebro esquizofrénico interpreta sus pensamientos como externos; no son alucinaciones, sino ecos de sí mismo. Si el enfermo se abraza no sentirá que es el abrazo de otro. Las sensaciones no tienen eco, se perciben una vez, el resto... es memoria en intentos por reconstruirla.

Noei señaló mi libreta sin verme y me senté a tomar apuntes. Él salió de prisa como si no quisiera perderse nada, y Erik movía su lengua con esfuerzo.

Quien carece de lenguaje le sobran sensaciones, no nombra el mundo, no se llama a sí mismo, siente malestar, felicidad. Miedo. Lo mismo animales. Todo Ser me comunico mejor... que él consigo.

—¿Podrías entonces curar al enfermo? —dijo el Dr. Noei al regresar, con un libro de medicina empolvado, y su libreta dura en otra mano.

Por la mirada de Erik, supe que él pensó lo mismo. Claro, era obvio. El polluelo parpadeó dos veces fugaces y cesó su comunicación. Evadió el resto de preguntas ese día, pero Noei insistió incansable con la Sapiens, convencido de experimentar con un esquizofrénico.

Días después reprogramaba cada dato para una mayor precisión, pese a las reiteradas negativas que escuché de la agencia por el gasto innecesario de recursos. Y Pec seguía ausente.

—Mi valioso tiempo es para la invención —decía en cada comunicación—, ustedes investiguen o experimenten. O espérenme.

A ese paso ninguna Supercomputadora daría resultados, y la agencia presionaba por evidencias de consciencia. La única evidencia era nuestro testimonio, y hoy no vale nada.

Por su parte, Erik insistía en experimentar a su modo, decía que la humanidad nació de las preguntas más que de la ciencia, por lo que de nada le serviría una autopsia si no encontraba lo que en un examen sí.

—¿Crees que al comer carne cruda pensamos en crear el fuego, o nos preguntamos primero cómo podíamos utilizarlo tras quemarnos?

Una mañana en la que estuvimos solos me convenció de grabar su prueba. El vídeo ya no debe existir, sólo era Erik y sus preguntas al pollo sin recibir nunca respuesta, y yo de fondo, pero la experiencia fue...

—¿Qué es el Ser? —sentado frente al polluelo, Erik lo miró fijamente a esos hondos ojos.

Yo había insistido en mantenerlo cautivo, pero él dijo que era seguro, así que lo extrajo del contenedor de contención y lo colocó sobre la mesa metálica. El polluelo caminó lento hasta el centro y allí se quedó. Con sus plumas húmedas, menos pálidas y un poco amarillas.

Tras su pregunta experimentamos una momentánea ceguera. Vi destellos púrpuras y sentí revoloteos en mis oídos.

Capacidad de propósito. No co... ta... No uno natural, sino decidir tenerlo.

Lo entendí difícilmente y me quedé con lo básico: Una roca y nuestra especie son lo mismo en el cosmos, pero la roca no puede decidir ser o no ser. El Ser, sí.

—¿Y qué se siente ser? —dijo Erik sin pensar la respuesta anterior. Más preocupado por mirar alrededor y asegurarse que veía bien.

Mis ojos vibraron. Sentí hambre y en mi pecho una angustia ancestral de temor a la muerte. Sentí mi sangre correr como un hormigueo lento y constante. El arrepentimiento punzante de mis decisiones, luego mis mejillas ruborizadas por el orgullo de otras... Sentí como pellizcos en mi piel los últimos abrazos que pude haber dado y negué, y los que di sin desearlo fueron una caricia. Entre tantas sensaciones un cosquilleo en la nuca me alertó de un observador fuera de la sala, sentí el acecho depredador y tuve la sensación de arrastrarme en la tierra con temor. Nada se tradujo en palabras.

Erik se quitó los anteojos y se sacudió el rostro, algunas canas cayeron en la mesa y él se concentró en las patas del polluelo.

—¿Cómo podría un Ser serlo sin antes sentir todo esto?

Con las punzadas que sentimos en la cabeza Erik se contestó solo en voz alta: Primero habría que definirse lo que es un Ser vivo y un Ser muerto, y si ese último todavía es.

La siguiente respuesta fue exclusiva para Erik, me enteré después. Le mostró la imagen de su propia hija... muerta. Y aunque él la sabía viva captó que, cuando ella muriera, él vería como un Ser ese frágil cadáver, sin importar cuánta ciencia o filosofía le dijera que no lo es. Con voz rota susurró:

—Un Ser que fue, siempre será.

En el momento no supe qué pasaba, y ante su desconcierto dejé la cámara fija y me senté junto a él, lo tomé de las manos e hice mi propia pregunta.

—¿Y qué es el Ser humano?

La falta de cualquier sensación también fue una respuesta, creí que Erik me regañaría, pero sólo cambió la pregunta con una sonrisa cansada.

—¿Qué nos hace humanos?

Las cadenas de torpes palabras regresaron a nuestras mentes, en nuestros latidos, las sensaciones. Era como si en cada respuesta se adaptara más a nosotros, pero en esa adaptación se perdían conceptos y razonamientos para que pudiéramos entenderlo...

Consentimiento.

—¿Y nuestro inigualable lenguaje?, ¿la acumulación de cultura, nuestra consciencia, nuestras altas capacidades, nuestra moral, ley y ética? —dijo Erik y me miró sudoroso. Asentí.

Si los cazo como a un ciervo, ¿sería humano? Al ciervo no le preguntan si quiere ser cazado, si necesita alimento o un zoológico. Lo imponen. Él no tiene capacidad de consentir ni valor humano percibido para preguntarle. Los humanos pese a todos sus fallos, todavía consienten y son consentidos.

—¡Pero nos comunicamos de forma avanzada! —Erik enrojeció de su rostro moreno, y miró al polluelo con ojos de incompreensión—. Tenemos una capacidad de abstracción tan extrema que ni un maldito pulpo si viviera diez años...

La luz roja de la cámara parpadeaba, pude escuchar el zumbido de las ventilaciones, y sentí el vapor del cuerpo de Erik y su respiración pesada. El polluelo parpadeó en silencio, esperó un momento y luego nos hizo estremecer con sensaciones de rocíos en la nuca.

No importa cuántos idiomas desarrollen; los entienden otros animales, ustedes a ellos no. Ni importa su cultura si la hay incluso en aves, en mariposas, en orcas con salmón... ¿Y qué importa su consciencia si la puede desarrollar la tecnología? Si eso es su humanidad, para un par de circuitos serían nada. El consentimiento, hasta ahora, es lo único que los hace humanos y los distingue de otras especies.

—¿Por qué hasta ahora? —me atreví a preguntar.

En el momento que una célula o una ballena articularan consentimiento, significaría consciencia no sólo de Ser, sino del valor que se da y los valores que percibe, y la humanidad dejaría de serlo, o esta célula y ballena lo serían. El concepto de humano pasaría de estatus a medida... La pregunta deja de ser qué los hace humanos, y se reformula como qué tan humanos son. Ese momento ya sucedió.

Eso último me desconcertó y apunté en mi libreta si entonces se consideraba humano, Erik me detuvo y negó, carraspeó y dudó antes de hablar, pero al hacerlo no apartó su vista del polluelo.

—También me leí el ensayo del chico maravilla y su humanidad como meta, pero si sometemos nuestro consentimiento y dejamos de ser humanos, ¿entonces qué somos?

Ambos sentimos nuestro cráneo expandirse y nos sujetamos con fuerza. El vello se volvió frondoso y nuestro raciocinio lento. Tuve que tocar mis dientes para confirmar que permanecían en su lugar, y vi los de Erik toscos, colmillos más marcados y su mandíbula más abierta. Lo escuché lejano, fatigado, con dificultad repetía ¿Qué somos?

Animales. Lo que siempre han sido. Con mayor adaptación.

Me quedé a solas con mi sombra y noté en mis manos rendijas, como si se hubieran separado en millones de puntos vivos que se fusionan y se repelen entre sí, podía ver el suelo a través de mis manos, y de cierta forma al universo como rueda sobre sí mismo. Toqué mi cuello, toqué mi rostro, sujeté mi cabeza. Mis manos fueron más allá, era tan hondo mi cuerpo o tan separado de sí, o mis dedos tan finos, que parecía no haber yo, sólo materia. De pronto sentí un hambre abismal, mi estómago rugió furioso y una danza de polluelos

marchó frente a mí. Al primero que tomé por la fuerza murió asustado, el resto me miraron y la vida se desintegró. Excepto el mundo, excepto el universo. —¿Qué somos? —volví a escuchar como una espesa gravedad.

Composición aleatoria de unos pocos componentes —escuché en mi hambre—. *Son el universo.*

Me despertó del desmayo Relativo, buscaba calidez en mi pecho, y Erik al verlo lo tomó con cuidado de no tocarme y tembloroso, y lo devolvió a su jaula. Parecía haber llorado mucho, su mirada era resignada, y me trató distinto, fue atento y cómplice, dijo que me afectaron las ondas del polluelo y por ello desmayé, también que él continuó la sesión con el polluelo y fue... reveladora, algo sobre el Bulk, bloques, Dios, pero no habló mucho del tema ni me atreví a preguntarle.

Aquella tarde el Dr. Noei intentó ver el vídeo y sólo había estática, ruido, manchas, era como si la cámara hubiera sido expuesta a radiación durante años, fue inútil. Le pidió a Erik que en la siguiente sesión trajera nuevas preguntas para intentar con la Sapiens. Erik sonrió por primera vez, me vio a los ojos, tomó sus cosas con indecisión como si dudara de irse, y se marchó lento tras responderle a Noei... No tengo tiempo.

De consensu vicario.

La Responsabilidad Asimétrica del Ser Consciente ante la Vulnerabilidad Ontológica.

Por: Eduardo S. Facultad de Bioética y Filosofía Contemporánea.

Este tratado propone la anulación del contrato social basado en la igualdad de capacidades y postula un nuevo paradigma: el Consentimiento Vicario. Se argumenta que la conciencia no otorga derechos de dominio, sino un deber de custodia sobre aquellos entes incapaces de articular su soberanía. La humanidad se redefine no como un privilegio biológico, sino como una carga ética de representación.

1. Introducción: La Bancarrota Ontológica del *Homo Sapiens*

La antropología filosófica no es el registro de la verdad sino de la vanidad. Durante milenios erigimos catedrales lógicas para proteger un ídolo de paja: la excepcionalidad humana. Buscamos frenéticamente el criterio de demarcación, el fuego prometeico que nos separe de la bestia, en los pulgares opuestos, la sintaxis recursiva, la capacidad de reír o la construcción. Este esfuerzo milenario no es ciencia, es pánico. Es nuestra especie aterrada al intuir su propia superfluidad, y en la desesperación inventamos una corona biológica que justifique nuestra tiranía sobre la biosfera.

Este tratado derribará ese ídolo de paja. Postulo que la humanidad no es un estatus biológico instantáneo al nacer o al concebirnos, sino una medida ética que rara vez alcanzamos, pues la complejidad de nuestro sustrato neural, esa densidad sináptica que tanto nos enorgullece no nos otorga derechos preexistentes, nos impone una deuda ontológica.

La tesis que defiende es el Consentimiento Vicario.

Si la conciencia es la capacidad de reconocer la soberanía del Yo, entonces la única diferencia real entre el humano y el animal no es el poder de dominación, sino el deber de servir, de proteger, de preservar la voluntad inarticulada. Somos los únicos seres capaces de ello, y por tanto es nuestra condena ser custodios de la voluntad ajena.

La paradoja... es cruel y absoluta: bajo la métrica ética, un animal que desarrolle la capacidad de entender su soberanía y articularla sería al instante un humano. Sin embargo, el *Homo Sapiens* que renuncia a este deber y utiliza su raciocinio para violar el consentimiento del otro, sea una res en el campo o

un par en la sociedad, no regresa a ser un animal, va más abajo. Es un ente inútil, porque un león sin ética que caza por deporte es un león perfecto en su función. Una criatura que posee el milagro (la consciencia) y la utiliza inconscientemente... Un espécimen sin ética, sabiéndose capaz de tenerla no es un error de la naturaleza, es el error del Ser y el horror de serlo. Es el humano.

A continuación, la mentira de nuestra superioridad expondrá por sí misma la única verdad que nos queda: no somos los reyes de la creación, somos sus morosos deudores.

Aquí tienes la continuación con la primera parte del desarrollo. Mantiene el tono académico, cínico y riguroso de Eduardo, atacando la base biológica de nuestra supuesta superioridad.

2. Desarrollo I: El Determinismo Biológico como Coartada y la Falacia del Córtex

La primera línea de defensa del humanismo, cuando se le cuestiona su hegemonía, es siempre la anatomía. Históricamente, hemos racionalizado el dominio apelando a una superioridad biológica intrínseca, convirtiendo la descripción de nuestros órganos en una prescripción de nuestros derechos. Esta defensa es, en el mejor de los casos, una ingenuidad científica; en el peor, es una **coartada premeditada** para la irresponsabilidad moral.

El *Homo Sapiens* se atrinchera en la complejidad de su **sustrato neural** como la fuente inalienable de su dignidad. El argumento es seductor por su simpleza aritmética: a mayor número de conexiones sinápticas, mayor valor ontológico. Sin embargo, esta lógica encierra una trampa mortal. Si aceptamos que la dignidad emana de la capacidad de procesamiento (la complejidad funcional), entonces no estamos defendiendo una ética universal, sino una **aristocracia cognitiva**.

Consideremos la "**Hipótesis del Umbral Biológico**": la creencia de que existe un número mágico de neuronas ($\$N\$$) que, al ser alcanzado, otorga al organismo el derecho a no ser devorado y el derecho a devorar a todo lo que posea $\$N-1\$$. Esta postura es insostenible por dos razones fatales:

1. **El Relativismo Suicida:** Si nuestra inmunidad moral depende de ser la entidad más compleja en el cuarto, ¿qué sucede ante un hipotético visitante exógeno o una Inteligencia Artificial General cuya complejidad sea $\$N+1\$$? Bajo nuestra propia lógica biocentrista, esa entidad tendría el **derecho ético legítimo** de esclavizarnos o

consumirnos. Al basar nuestra dignidad en la superioridad del córtex, hemos firmado nuestra propia sentencia de muerte ante cualquier ser superior.

2. **La Ceguera Especista:** La obsesión con la arquitectura cerebral humana nos ha vuelto ciegos a la **cognición divergente**. Descartamos la inteligencia distribuida de las redes miceliales o la capacidad de resolución de problemas de los cefalópodos no porque carezcan de consciencia, sino porque su consciencia no se parece a la nuestra. Es un narcisismo taxonómico: solo reconocemos el valor en el espejo.

La verdad incómoda es que la complejidad biológica no es un indicador de bondad; es un multiplicador de potencial. Un cerebro capaz de componer una sinfonía es el mismo instrumento necesario para diseñar una cámara de gas o un esquema Ponzi. La razón, despojada de la restricción ética del Consentimiento, no es una virtud; es una **herramienta amoral** de alta eficiencia.

Por lo tanto, afirmar que somos "mejores" porque somos más "complejos" es un error de categoría. La complejidad no confiere dignidad; confiere **mayor capacidad para la hipocresía**. Un depredador con un cerebro simple que mata por hambre es moralmente neutro; un humano con un cerebro complejo que mata por placer, capital o ideología, es una aberración. La biología no es nuestra defensa; es la evidencia de nuestra fiscalía.

5. ludicium cosmicae.

(EL JUICIO CÓSMICO).

El experimento concluiría prematuramente... La decisión de Erik tomó por sorpresa a la agencia y provocó un caos mediático. “El abogado de Frankenstein” lo llamaban, y resaltaban que su hija no acudió al funeral para acudir a una marcha por la joven que asesinó a Frank, la cual se entregó a la policía el mismo día que Erik se fue.

En nuestro reducido grupo se gestó una culpa colectiva.

—Siempre fue tan rígido y cerebral —decía Noei para negarse la realidad.

Y cuando la agencia desmanteló la Supercomputadora Sapiens por escasez de piezas, lo justificaron con la tensión nuclear global que retrasaba equipo, materiales y pagos, pero Noei dijo que era un castigo porque en una entrevista no dijo que Erik fuera un hombre intachable, entonces comenzó a faltar, se volvió impuntual y asistía sin hacer más que observar la desocupada silla de Erik. Las revueltas en la calle y el inminente fin del mundo no ayudaban mucho. Y para esto al Dr. Dirión se le ocurrió la idea de integrar a la fuerza a Eduardo, el chico maravilla.

La excusa fue que con su comprensión del consentimiento vicario podría manejar las interacciones con el polluelo, y aunque Noei le recordó cuántas veces Pec despreció a Eduardo en público, eso no impidió que este se uniera con ánimo. Sonreía, nos platicaba sus avances, iba y venía con entusiasmo. Yo, hacía lo necesario por mantener en orden el laboratorio sin ceder al sueño, y Relativo incluso se unió a nuestro ánimo pues no salía de su jaula ni comía lo suficiente. Mientras tanto, el Dr. Dirión, que rara vez nos visitaba, no tardó en ser el más presente de un día para otro cuando la agencia solicitó concluir el experimento y entregar al espécimen a otra agencia.

—¿Gente de ciencia desanimada? —dijo cuando los auditores ignoraron su saludo—. Regulen su química; salgan al sol, ingieran potasio, aléjense de las pantallas... Les garantizamos resultados medibles y una conclusión física antes del cierre fiscal.

Sostuvo la sonrisa. El silencio fue suficiente para que los tres hombres tuvieran que escrutar el entorno sin palabras.

El del medio suspiró, tomó a Pec del hombro y mencionó los rumores sobre nuestra estabilidad mental; sobre referirnos al espécimen como Dios. Noei negó con la cabeza sin mirar a nadie, trituró su cigarrillo en el cenicero y encendió otro con manos temblorosas.

Pec pidió un momento y volvió con un casco metálico que lucía improvisado. Se los puso en las manos y les explicó:

—Es un puente talámico. Convierte la presión intracraneal en sustantivos; el vértigo en verbos, la náusea existencial en sintaxis pura. Intercepta la señal antes de que toque el sistema límbico, la secuestra en el tronco encefálico y la inyecta a la fuerza en el área de Wernicke y Broca.

Noei me miró entre el humo de su cigarrillo y asintió con pesar.

—Es un Compilador Somato-Semántico —siguió Pec—. Forzaré a “Dios” a hablar nuestro idioma.

Volvieron a mirarse con dudas. El mismo hombre objetó que había presupuesto, pero no materiales en qué gastar.

—La guerra lo fagocita todo —dijo el auditor.

—No se preocupen —Pec les retiró el casco con suavidad—. No es un prototipo, es funcional. Tienen en mis manos las herramientas, y en mi cerebro los planos. No dependo de importaciones; si extienden el financiamiento haré lo que se necesite.

Se marcharon aplacados. Pec nos miró con postura de triunfo. Sólo Eduardo lo alabó.

—No es posible ver a Eddy más centrado que ustedes, por...

—¿Cuánto tiempo vas a seguir? —interrumpió Noei. Se irguió de su asiento sin mirarlo y un estertor seco le sacudió el pecho.

—El necesario para terminar lo que empezamos, querido amigo.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir ignorando la muerte de Erik? —su tos empeoró, húmeda y cavernosa. Dejó el cigarro y se sostuvo del respaldo de la silla—. Suficiente has ignorado la de Frank. ¿Así vas a ignorar la mía? No me digas amigo...

El Dr. Pec asintió y lo tomó del hombro. Pareció que lo abrazaría, pero se detuvo al ver la sangre fresca en los nudillos de Noei y sólo le dio palmadas mecánicas en la espalda, le recetó algo para la tos y lo hizo a un lado.

—Es para hoy —me dijo y caminó hacia Eduardo.

Le explicó las razones del Dr. Noei para experimentar con un paciente esquizofrénico y cómo involucrarían el compilador. Yo tomé mi libreta y caminé hacia ellos sin mirar a Noei, pero su tos fue constante, y lo vi esforzarse por mantenerse de pie. Sin pedir ayuda caminó tambaleante al pasillo, y cuando se desplomó Eduardo y yo corrimos a levantarlo. Nos empujó y nos lanzó insultos ahogados, pero no lo soltamos. Pec ni siquiera se detuvo; caminó a la sala del experimento mientras me ordenaba llevarlo a enfermería y le hacía una seña a Eduardo para que lo siguiera a él.

Sería hasta la noche que nos enteraríamos de lo que ocurrió allí dentro.

El paciente ya los esperaba, szzz

Eduardo había llevado a un paciente con severa esquizofrenia para enfrentarlo al polluelo, su hipótesis era que si podían comunicarse con éxito entonces el emplumado podría ser la solución a los trastornos mentales y a cuantos problemas pudieran averiguar.

El primer paso era que el paciente leyera una pregunta en voz alta, y aunque iba pulcro y lucía normal, en su andar disparejo y su miedo a mirar atrás se notaba su gravedad. Cuando miró al polluelo alegó que era el demonio de su habitación, que lo persiguió hasta allí para matarlo y que quería acabar con el mundo. Pec lo obligó a sentarse con la amenaza de que si no leía la pregunta lo dejarían a solas con ese demonio de plumas, y sólo así el paciente se acomodó la corbata, tomó las hojas que le dieron y, sin mirar al polluelo leyó con voz temblorosa: ¿Qué es la vida?

Los ojos sin reflejo del polluelo destellaron púrpura y por primera vez lo vimos reflejar lo que veía. El paciente permaneció en sus ojos a todo color, con su piel morena, su traje azul, sus dientes perfectos, y de pronto su voz temblorosa fue seria, con una seguridad sincera dijo sí.

Lo siguiente superó las expectativas del chico maravilla, pues en tiempo real el paciente tradujo a palabras coherentes las sensaciones radicales en su cuerpo. Nunca apartó la vista de los destellantes ojos del polluelo, y los ocasionales rayos púrpura lo hacían rascarse la lengua con los dientes.

—Es más que tierra, más que agua. Fluidéz cósmica. Las redes neuronales gaseosas del universo transportan materia invisible para sus ojos a través de las cuales se conectan galaxias, se forman estrellas que se volverán soles, los cuales alimentan planetas, vacíos, pasados, futuros... La vida a nivel carne es apenas la forma más básica de vida y la más prescindible. La vida a escala cuántica persiste sin tus ojos, sin los árboles, sin mi presencia. La vida como la conoces está ligada precisamente a lo que conoces, es el ego suavizado por preguntas, estilizado por la consciencia y complicado por más ego. ¿Qué es la humanidad sin ello?

Eduardo no había anticipado la respuesta y vio colapsar su plan cuando el paciente retomó el control y prosiguió con la siguiente pregunta: ¿Qué es la muerte?

Tenía claro que para el polluelo dicho concepto era meramente humano, e interrumpió al paciente para reformular su guion: ¿Qué es el ego?

Pec caminó hacia el paciente para ver sus ojos, se habían vuelto tan negros que parecían hoyos. Se apartó del camino y lo dejó fijar nuevamente la mirada en el polluelo, como si fuera necesario para sentir las punzadas en su pecho, los tirones en los labios y el cosquilleo en sus pies.

—La fragilidad. El miedo. La insignificancia. Es la trinidad del ego... La fragilidad está en muchos seres, así como el miedo es universal, pero la insignificancia requiere consciencia, es ahí donde los tres pilares sostienen el ego, así nace el miedo de saberse frágil, el miedo a ser insignificante, o el terror de ya serlo. Se contrarresta con la ilusoria autoestima; se enumeran las virtudes del Ser que se perciben menores en los otros, nunca las compartidas, y nace entonces el sentimiento de superioridad: No soy frágil, no tengo miedo y no soy insignificante, soy la mayor —tras eso, cuentan que el paciente comenzó a balbucear, más como un intento de crear nuevas palabras que como defecto.

De pronto pareció entender un nuevo léxico y lo encadenó en oraciones largas con su propio sentido, hasta que cayó exhausto al suelo. Eduardo corrió a levantarlo, pero la gravedad de la habitación tiró también a los doctores, y como si hubieran caído de gran altura abrieron los ojos desorientados, lo siguiente que vieron el Dr. Dirión siempre intentó racionalizarlo.

El lugar se asfixió en humo denso, nebulosas púrpuras, sin paredes, sin fondo, y cuando buscaron al polluelo en el suelo sólo hubo ausencia. Flotaban en la nada que contenía el todo. Al alzar la vista todo perdió sentido, Pec lo llamó sugestión; el polluelo no era más un polluelo, se erigió sobre ellos un espectro colosal, de agujeros negros por ojos, su cuerpo como gases celestiales, y su plumaje de frágiles estrellas, polvo, momentos... Tal era su inmensidad que donde mirasen pertenecía al polluelo, ni sus propios cuerpos podían dimensionar.

—Eran cubos infinitamente enlazados, en uno de ellos el espécimen se desintegraba en mármol y obsidiana bajo mis manos —me contó en algún descuido Pec al visitarlo en el hospital—. Me vi de niño en el funeral de mi madre, y también vi el nacimiento de Eddy...

Contó que la mirada del polluelo no los aterró, era de una indiferencia abisal que se sintieron insignificantes, pero sin fragilidad ni miedo. Y como vacío dimensional escucharon las palabras del polluelo con la distorsionada voz del paciente.

—Ya que les encantan los juicios, ¿por qué no un juicio cósmico? No necesitan el derecho de Erik ni sus leyes de mil páginas, las únicas normas son: Sin mentira. Sin ego. Una falta los elimina del momento, tres faltas los elimina de los momentos, definitivo.

El Dr. Pec no dijo nada, Eduardo asintió.

—¿Qué los hace humanos?

—El consentimiento —dijo Eduardo, y los agujeros negros burbujearon púrpura.

Pec dijo que entonces la chica a la que violó Frank no es humana por haber perdido su consentimiento. Asteroides gritaron en todas las direcciones: ¡Eliminado por mentira! No hubo explicaciones.

—¿No lo perdió al ser abusada? —insistió Pec y las nebulosas respondieron con calma.

—¿Qué es el abuso?

—La imposición de la voluntad del más fuerte —dijo Dirión y no supo si mirar los cubos etéreos o los agujeros negros del polluelo.

—¡Eliminado por ego! La tercera eliminación es definitiva.

El Dr. Pec arqueó las cejas y se rio sin saber si hablaba en serio o era una alucinación, por lo que al repetirse la pregunta cedió la palabra a Eduardo, quien ya lo miraba con terror y lástima, como a un muerto que todavía no lo sabe.

—Es el aprovechamiento de la debilidad del otro, más que de la fuerza o voluntad propia.

Los agujeros negros destellaron y el polvo prosiguió:

—¿Qué es la compasión?

—Respetar la debilidad del otro —dijo Eduardo y dio un paso al frente con una sonrisa, como si en su espalda protegiera a Pec de sí mismo.

—¡Eliminado por ego!

Eduardo frunció el ceño extrañado y miró al Dr. Dirión por si él tenía la respuesta.

—¿Perdonar la vida del otro?

—¡Eliminado por ego!

—Pero fue pregunta, no afirmación, ¿por qué eliminado?

—El riesgo de adivinar y esperarte acertado, o errar y refugiarte en la duda, junto a tu respuesta, son ego.

—El —Pec intentó interrumpir, Eduardo lo tomó del brazo para callarlo.

—Nos queda una oportunidad...

—¿De verdad crees que...? —miró al polluelo, o a lo que creía que lo era, y al verlo en todas partes temió—. ¿Qué podría hacernos?

El espectro permaneció inmóvil, sin parpadear ni afectarse por el silencio, sólo su polvo y sus múltiples ejes seguían su curso, mientras Eduardo sudaba al pensar sus últimos momentos, y Pec se masajeaba las sienes con la mirada en donde él suponía debía estar la Tierra.

Eduardo repetía la pregunta en voz alta, y cada vez que tenía la respuesta callaba, su propia brillantez lo aterraba ante la idea de equivocarse.

Tras unos minutos de incómodo silencio el Dr. Pec volteó al frente y habló bajo, con una mirada de arrogante triunfo.

—Me libero del ego... No tengo la respuesta a tu pregunta, pequeño, pero yo podría haberte pisoteado antes y acabar con todo esto. Te tuve compasión... ¿tú eres compasivo?

Eduardo lo miró con horror. Un viento fuerte los hizo aferrarse a la solidez de sus pies, atados a la nada, agarrados a sí mismos, sus batas ondeaban como banderas y sus miradas se cruzaban incrédulas. Cuando todos los cubos llegaron al punto en que eran incomprensibles e incluso sin forma para ellos, el viento los arrastró al suelo en el que siempre estuvieron. Abrieron los ojos y se notaron tirados junto al paciente en el laboratorio de toda la vida.

—La compasión —dijo el diminuto polluelo desde la voz del paciente—, sólo puede venir de un Ser que, sabiéndose de fuerza y capacidad mayor extiende esa capacidad para ayudar al indefenso más que dominarlo. Sabe que puede hacer lo que quiera y no lo hace. Eso es compasión, entonces, sí... Soy compasivo.

Eso no los tranquilizó. La mirada arrogante se volvió en un vacío de terror, ambos doctores se miraron como quien intuye que libró a la muerte sin nunca saberlo.

—¿Entiendes que tu ética es inviable para la vida? —dijo el Dr. Pec mientras Eduardo, sollozante, levantaba al paciente—. Es la ética de la extinción.

—La vida es inviable para la ética —susurró la voz del paciente, más clara, más viva.

—¿Entonces esto es el Ser perfecto?

—¿Cómo podría un Ser imperfecto definir la perfección?

De la habitación sólo salieron Pec y el polluelo. El cerebro del paciente fue analizado post mórtem y la esquizofrenia había desaparecido antes de ser desollado. Eduardo pereció con el cuello abierto por el pico del polluelo. El Dr. Pec contaría después que su Eddy perdió la razón de pronto, balbuceaba sobre la ética de la vida y la inviabilidad de vivir, y tras un forcejeo entre ambos, Pec fue estrangulado hasta perder la conciencia, por lo que concluimos que Eduardo hizo el resto; arrebató su consentimiento al polluelo y se suicidió con el pico de este.

Cuando encontramos la escena ya no estaba el polluelo, lo vimos detrás de nosotros con su mirada pasiva, no supimos cómo salió sin que lo viéramos, pero era como si supiera que lo dejaríamos ir. Noei negó con la cabeza y lo ignoró. Así dimos por concluida la experimentación puesto que el doctor Pec Dirión debía rehabilitarse, teníamos la seguridad en que él estaría de acuerdo con nosotros. Eso quisimos pensar cuando en el blanco piso vimos embarrado al paciente sobre la sangre de Eduardo.

Ciertamente, en ese momento no sentí miedo, sólo mi piel erizada y la necesidad primitiva de hacerme invisible. El polluelo se marchó.

6. Génesis.

En su concepción fue primero un desastre de ingredientes; mármol pálido, un embrión humano, ADN de Frank, fósforo, obsidiana, todo, nada... El bloque de mármol se derritió con el caldo químico hasta engullirlo todo y formarse un huevo de apenas seis centímetros de alto. «¿Cómo va a salir de aquí un hombre?», pensó Frank y lo abandonó junto a una lámpara de lava púrpura en el sótano, en donde el polvo, la mugre, los gritos y el eco del silencio se acumularon en capas finas sobre la cáscara dura del huevo, a tal punto que en tres noches triplicó su tamaño, y las tres siguientes palpitó desde dentro.

Cuando Frank notó los cambios no lo creía, su cara de felicidad y sus elogios quería compartirlos con su creación, así que frotó sus manos en la superficie del huevo, sintió el pulso en la cáscara de mármol que cada instante se volvía más blanca y más lisa. Después, con un cincel agujeró el centro, un círculo imperfectamente delineado y tan oscuro en su interior que tuvo un aspecto más humano. Frank se convenció de que así su hombre perfecto podría verlo y escucharlo todo durante su gestación, y cada día bajaba a observarlo, hablarle, leerle, cantar, tocarlo... «Tanto amor no te hará perfecto», verbalizaba cada noche que dormía en el sótano, y bajo esa intuición invitó a su alumna más brillante a participar en la creación...

Supimos al final que esos recuerdos los habitaba en tiempo real el polluelo como si todavía fuera el huevo, como si aún escuchara a Frank, y mientras sentía todo ese amor con el que fue concebido al mismo tiempo escuchaba con atención las penas intangibles de los osos, los simios, tigres, leones, aves, todos los animales del primer zoológico que conoció en su camino por el mundo. Todos le consintieron ser liberados, a excepción de los reptiles, intuimos prefirieron la seguridad de la comida que la incertidumbre de la libertad. Después siguió con otro, y tras unos segundos ya eran más de cincuenta zoológicos asaltados por el consentimiento. Los animales liberados no atacaban, sino que buscaban el camino devuelta a sus hábitats, los únicos ataques fueron de Protección Animal para volver a capturarlos. Por alguna razón los empleados que vieron vaciarse las jaulas lloraron como si su culpa fuera perdonada, y supimos que nadie se enteró del polluelo cuando acusaron al colectivo de Animalistas Racionales de terrorismo.

El polluelo no buscaba culpables inmediatos, sino las razones profundas de los problemas y una solución, tal como en sus memorias de Frank, cuando todavía joven se dio a la tarea de rastrear al padre desobligado que veinte años más atrás, abandonó un hijo. Frank no los conocía de nada, pero ese hombre cerca de morir contactó a su abandonado primogénito para verlo, rogó que sólo fuera una vez para despedirse, y el joven si bien nunca contestó, sí padeció insomnio existencial, por lo que en su empleo en el Centro de Distribución

registró y aprobó la salida de una carga con el sello 206346, sin notar que lo selló con el 206246. Esa caja llegó a tienda y la discrepancia hizo imposible recibirla. A nadie le importó que ese día entre sus clientes hubiera un hombre desesperado, tembloroso, que había hecho una fila de una hora preocupado por la vida de su esposa, buscaba para ella el medicamento que le dijeron sólo allí encontraría ante la crisis del país. En su turno vio en la vitrina lo que necesitaba y le negaron la venta. Debían recibir antes la nueva mercancía puesto que no podían dejar vacío, políticas de la empresa. Él peleó, rogó, clamó... Tras una semana su esposa murió.

—Crearé al humano, al hombre, al Ser perfecto —se dijo a sí mismo cuando en su duelo investigó cada causa que llevó a su tragedia.

Supo que el joven que se equivocó no era la causa principal, sino el padre que lo abandonó y volvió para despedirse, y supo también que ese hombre tenía una amada hija, su brillante alumna.

La misma noche de libertad que el polluelo dio al mundo, se encontró con una joven que lo ayudó a cruzar la calle. Según supimos por el diario de ella, lo vio indefenso, diminuto, a la espera del rojo en el semáforo, y ya que no le cederían el paso a un polluelo, ella sintió ternura e impotencia, lo recogió en sus manos y cruzó con él. No tardó en sentir otros latidos en su pecho como en un abrazo, sintió sincronizarse con él y lo pensó ridículo, hasta que recibió la petición sensorial para comunicarse. Sin saber de qué se trataba aceptó, los ojos hondos del polluelo la miraban con quietud.

—¿Eres tú? —le dijo apenada, dice su diario.

Él permaneció quieto, y ella caminó con él tras haber cruzado la calle, se sentó junto a un riachuelo en el parque y lo dejó en su regazo.

—¿Me estás... abrazando? —la joven sentíase cansada, notable en las bolsas de sus ojos, y no por un mal sueño sino por exceso de lágrimas.

Entre cosas más y cosas menos, ella le preguntó algo que al fin tuvo respuesta, o al menos lo que ella intuyó que el polluelo le respondió a través de los variados estímulos que ya conocemos.

—Me siento como tú sin poder cruzar la calle... tanta impotencia, nada funciona. ¿No estás cansado de ser tan indefenso?

—Ser indefenso y parecerlo son dos cosas muy distintas —se tradujo a sí misma al sentir caricias en sus parpados—. Lo primero es inevitable según tu naturaleza, es una condición biológica y no puedes hacer nada contra las amenazas. Lo segundo es una estrategia ética basada en confiar en la ética del otro.

La joven palideció, dejó al polluelo a un lado y se alejó un instante del riachuelo. Miró confundida al cielo, y según escribió le pidió a su madre en las estrellas que no la dejara sola, y que si su padre fue al infierno hallara la

justicia que impartió en vida. El fluir del agua la regresó a sus pies y bajó la mirada hacia el polluelo.

—Entonces hablas... O lo que sea que hagas... —sintió un suspiro en sus orejas y se estremeció—. ¿Cómo sabes lo que hago?

—Tu rostro robusto no es natural, ni el frenetismo de tu sangre y el sudor con este clima. Lloraste toda la tarde porque detuvieron a tu pareja en la marcha. Insistes que no hizo nada. La ley insistirá que hizo todo.

—Pero es que no hizo nada, no era una marcha violenta, protestamos contra la violencia, somos La Furia Pacífica y...

—¿No son acaso todas sus luchas pacíficas, convencidos de que así serán respetados y si ejercen fuerza contra ustedes será un sacrificio honorable? Ese pacifismo es violencia disfrazada, desean lucir indefensos para que no haya defensa, más contra una amenaza sin ética, ¿de qué les sirve la suya? Una roca sin oídos nunca te escuchará aunque le grites, y aún si un humano te escucha no te entenderá si no es su lenguaje —la joven escribió páginas sobre esta reflexión a la que llegó tras su encuentro con el polluelo. Dibujos, frases, planes...

—Nada va a cambiar —dijo entre lágrimas y arrojó una piedrecilla al riachuelo. Su reflejo se fusionó con el del polluelo.

—Si la evolución fuera radical no habría seres que evolucionar. Los grandes cambios están en la acumulación de pequeños cambios, no en los instantáneos. En lo leído de su diario, ella se cubrió el rostro sin contener el llanto, su respuesta se quedó en el aire, y cuando quiso hablar el polluelo ya no estaba. Curiosamente concluimos que ese encuentro fue real, pero esa rara esperanza nos resultó atípica en el polluelo. ¿Consideró viable una mentira sin daño, a una verdad desoladora? No lo descartamos.

Esa misma semana el presidente Atómico, ese que vivía con el dedo en el botón nuclear, murió de sobredosis. Se presume intencional.

El Dr. Pec aseguraba que renunciaría a su país si su presidente lanzaba la bomba, era el momento de mayor tensión, todos sabíamos que el amanecer sería radiactivo al otro lado del mundo, pero la guerra no tomó el rumbo previsto. Los días siguientes la humanidad enfrentó olas de suicidios en memoria de aquel presidente que era ahora un héroe, se decía que salvó al mundo se su propia mano al elegir el suicidio antes que la destrucción del enemigo, y no fueron pocos los que se lanzaron de puentes, se colgaron en sus casas o recrearon la sobredosis del presidente Atómico.

Irónicamente los bosques florecieron cada noche, y fueron intensas las noticias de flora extinta encontrada con vida en los lugares más curiosos. Los que participamos en el experimento siempre intuimos que fue el polluelo. No sabíamos que era el apocalipsis.

7. Ponderatio Ego.

El Dr. Pec se recuperaba en su estudio, inmerso en la creación perfecta contra el Ser defectuoso, y cuando le informé que la agencia recapturó al polluelo no se alegró ni pidió verlo, dijo que él mismo iría cuando estuviera listo. Le dije que era mejor dejarlo en otras manos, e insistió en que sólo él podía detener el fin del mundo. En su momento me pareció exagerado, sin embargo, hubo un discurso viral que cambió mi opinión; una joven lideró una marcha, la primera violenta de La Furia Pacífica, y comparó a un indefenso pollito con su impotente lucha. De inmediato supe que él tenía algo que ver.

El Dr. Noei G. me llamó días después para acompañarlo al laboratorio, habíamos acordado que sólo volveríamos cuando Pec estuviera mejor, pero la realidad era que Noei permaneció allí desde el regreso del polluelo. Tenía apuntes regados, la mesa desordenada, sus anteojos perdidos, lo único que decía era que necesitaba refutar al polluelo para convencerse de que nada de eso era real. Silenciosas canas florecían en su copete.

—La rueda, la rueda —dijo de un lado a otro.

Al principio no entendí a qué iba con eso, luego explicó que una conversación con el polluelo que legitimara al humano sería nuestro triunfo. No me atreví a preguntarle qué triunfo, pero siguió:

—Nuestra falta de argumentos es lo que le da poder sobre nosotros, nuestro ego nos impide profundizar en nuestra razón, si Erik... Si Erik hubiera tenido respuestas a sus paradojas seguiría aquí, pero se lo tragó el maldito dilema del juez empático. Y lo que sea que haya ocurrido con Eduardo también se hubiera evitado.

La vastedad del polluelo lo tenía horrorizado, ninguno podía probar que esa ave hubiera causado lo que causó en el mundo, pero todo se detuvo cuando fue recapturada... Su poder, más que temerlo habríamos de respetarlo, asimilarlo, y Noei era terco en pensar que había forma de contrarrestarlo con nuestra lógica y lenguaje de siempre.

—Es lo que nos ha traído hasta aquí, lo que nos llevó a la luna, ¿cómo no va a funcionar con un pájaro? —dijo ante mi duda.

Le creí. Lo pensamos un rato, todo el día quizá, y cuando lo decidimos nos preparamos. Él tomó una rueda de madera hecha por él mismo, la introdujo en unos tubos para recrear un molino pequeño, y a mí me dijo que cargara la jaula de Relativo, en donde el pequeño dormía patas arriba. Cuando entramos a la sala había un denso vapor que no permitía ver, sólo una luz púrpura tan fuere al fondo nos guió al polluelo. Era una lámpara de lava que ninguno reconoció haber dejado allí, y de la neblina emergió el polluelo, como si cada paso que daba fuera el mismo vapor formándolo. Se detuvo tras la lámpara y vimos del otro lado su reflejo distorsionado: pico enorme, plumaje como picos y sus ojos como agujeros en la lámpara. Me reí, puse la jaula en el suelo y me senté a un lado, lo mismo hizo Noei tras verme con duda. Saludé al polluelo con una sonrisa sincera y Noei habló:

—¿Qué es la perfección?

Él sintió una punzada que dijo no entender y me pidió consentir usar mi voz para comunicar al polluelo, pero recordé la escena del paciente y fue natural mi temor. Volvió a hacer la pregunta y sintió la misma incompreensión. Se acercó al polluelo para mirarlo de cerca y preguntarle, y la lámpara de lava burbujeó como si el agua alcanzara su punto de ebullición. No estábamos listos para verla explotar, Noei iluminó con la linterna de su pluma y vimos al polluelo empapado en marchas púrpuras, incluso el suelo y nuestras batas, manchas que pronto iluminaron tenuemente hasta volver a brillar. En los negros ojos

del polluelo vi destellos de la lámpara y me pareció ver la mirada de Frank, así que sentí la confianza de preguntar mientras Noei se sacudía la viscosidad con muecas de asco.

—¿Qué te hace el Ser perfecto?

—¿Cómo sería perfecto nacido del error 206246? —por la mirada interrumpida de Noei, supe que ambos escuchamos lo mismo; una voz nítida y suave, calma y solemne. Por primera vez estaba en nuestras cabezas con voz propia. Encontró la forma. Procedió a contarnos su origen, la tragedia de Frank, y cómo él habita todo el tiempo cada instante de su vida, según su lógica, lo que para nosotros era remoto, para él era ese momento.

—No soy el Ser perfecto. Tampoco *soy*. Sólo Ser.

—Entonces ya hablas —dijo Noei con burla sin importarle nada más, pero noté admiración en sus ojos.

El polluelo se limitó a parpadear una vez. Lento. Noei me miró y asintió.

—¿Ves cómo hasta tú evolucionas? Tú también te adaptas, y a nosotros... Sin nuestra capacidad no serías perfecto, necesitas la cognición del Homo Sapiens, naciste del Homo Faber, pináculo de la evolución —dijo con voz grave.

—Evolución —corrigió el polluelo, y sentí como si llevara años con su voz en mi cabeza. Noei iba a decir algo, lo reformuló en su mente y con la mirada me cedió la palabra.

Sinceramente curiosa pregunté:

—¿Por qué Eduardo? Era quien mejor entendía el consentimiento, tu ética, todo esto... Era el más ético de nosotros.

—No hay medidas de ética, no puedes ser más o menos ético —sentí impotencia por mi estúpida pregunta, ignoró por completo la emoción...—. El hombre ético lo es desde su limitado conocimiento, desde el utilitarismo, desde la justificación o la excusa.

—¿Y el consentimiento vicario? Él defendió su tesis hasta el último momento, defendió tu misma idea... —dije con lágrimas contenidas, no quise verme vulnerable frente a Noei.

—El consentimiento vicario debería ser sólo consentimiento, su tesis implica dar por hecho lo que otro Ser desea, intuir desde el ego, humanizar al Ser, como si sólo el humano tuviera deseos. El hecho de que sólo ustedes puedan consentir y ser consentidos es por la estructura de su lenguaje, pero si aprendieran a comunicarse en sensaciones, sentirían entonces cuando un león prefiere morir que ser salvado y llevado a una reserva, o cuando un bebé sólo quiere un abrazo. Incluso cuando toda una sociedad ya no quiere a su líder y no es que deseen una masacre. No habría cabida para la ambigüedad ni la interpretación, y eso es precisamente de lo que se nutre el consentimiento vicario.

—Pero eso es imposible para nosotros, somos supervivientes por naturaleza, y para mantenernos en la cima de la cadena alimenticia no podemos permitirnos ir por ahí preguntando si me puedo comer un pez —dijo Noei sin mirarlo—, pero eso no nos hace antiéticos, tenemos un instinto, un contrato social, una sociedad...

—El contrato social es un contrato de complicidad, la supervivencia por encima de la vivencia ya es un acto antiético, y la vida persiste e insiste porque precisamente no es ética, pero reconocer un asesinato y fingir que no lo es o que puedes vivir junto al cadáver te vuelve peor que el asesino. Eduardo lo entendió así, su vida como interferencia accidental, pero también la vida como cuerpo, él sólo se cortó un miembro, al igual que Erik.

—Tú... ¿Tuviste que ver con... Erik? —dijo Noei y estoy segura de que quería aplastarlo con sus manos.

El polluelo comenzó su respuesta con negación, y me fue suficiente para interrumpirlo y no profundizar la herida de Noei. En el momento sólo se me ocurrió la curiosidad infantil por la forma.

—¿Por qué no un mamífero? Un perro es más parecido a nosotros que un Ave, e incluso entre las Aves un águila es más majestuosa, un cuervo más convincente, o un buitre más temido... ¿Por qué un pollo?

—Valorar la vida a través de su propia jerarquía de poder y estética es su error fundamental. El águila es majestuosa como símbolo de poder, si yo hubiera nacido como una me admirarían por mi fuerza. El cuervo es convincente como un símbolo de astucia, me temerían por mi inteligencia aún sin demostrarla. El buitre... es temido por simbolizar muerte y carroña. Y el perro es parecido a ustedes en domesticación. Todos son conceptos de su ego, y, en cualquier caso, el Homo Sapiens se habría sentido justificado en su propia lógica de dominación. ¿Es amenazante? Lo elimino.

—Pero como un mezquino pollo no amenazas ni infundes respeto —dijo Noei y se secó el sudor de su frente—. Eres apenas... nada.

—Bajo la ética del consentimiento, yo no podía nacer como el depredador alfa, sino como la víctima industrializada. El pollo es el animal al que el Homo Sapiens ha negado su humanidad de la forma más eficiente, lo han domesticado hasta obligarlo a olvidar el cielo, por eso, aunque puede, no vuela, está más cómodo en su jaula —me limité a mirar la jaula del hámster y sentí el impulso de liberarlo—. Como ustedes —Noei apretó sus dientes y volteó los ojos—. Si elegí la forma más trivial, débil y consumible fue porque la verdad ética no reside en la majestad o la fuerza, sino en la consciencia. Por esto mi fragilidad es la única arma que puedo usar; si ustedes como Homo Sapiens eligen destruir a un Ser diminuto que les demostró humanidad, se habrán deshumanizado a sí mismos.

—Habremos demostrado la superioridad de nuestra consciencia, porque realmente somos superiores, realmente no puedes ser humano —dijo Noei con el sudor en sus labios y la saliva desesperada salpicando al polluelo—, o dime... ¿Puede un pollo inventar algo?, ¿tú qué has inventado? Nosotros inventamos la rueda —sonrió e hizo girar el molino sin soltarlo.

—¿La rueda? Sólo han inventado sus mentiras. La rueda es la mimesis del ego.

—¿Qué otra especie podría hacerlo? Y si pueden, ¿por qué no lo han hecho?

—Ustedes se definen por la arrogancia de la rueda, esa es su prueba de superioridad, su axioma de la invención, y esa es su primera mentira. No hay pináculo, no hay jerarquía, la vida es plana. Un gusano que prospera en azufre es tan perfecto en su función como el *Homo Sapiens* que apila y golpea piedras. La evolución no es una escalera hacia ustedes, sino la adaptación funcional al entorno.

—¿Y cómo ese gusano en azufre crearía la rueda? —dijo Noei y me pidió la jaula, tomó a Relativo y lo puso en el molino—. ¿Podría ese gusano hacer esto? —lo hizo girar, y el hámster corrió dentro de esa rueda artesanal.

—Ustedes no inventaron la rueda, la copiaron. El principio de rotación no es patente humana, es la sintaxis de la materia... Las galaxias giran, los planetas giran, la rueda existía en el cosmos antes de que su especie tuviera consciencia. No hace falta mirar al cielo, su cuerpo basta; la articulación de su hombro es un eje de rotación biológico. Su globo ocular es una rueda de percepción. La ATP sintasa es un motor rotativo. Ustedes son la rueda. Noei lo miró con duda, dio más vueltas al molino, se ajustó la bata y me echó una mirada para que yo dijera algo, así que al ver al hámster rodar sin sentido dije lo primero que pensé:

—Perfecto, entonces nuestra tragedia fue inventar lo que ya existía... ¿No nos haría, en teoría, mucho mejores el ser capaces de inventar algo con lo que el propio universo ya contaba, en lugar de sólo correr en esa rueda por puro instinto?

—Su tragedia no es la invención sino la amnesia del ego. No son creadores, son adaptadores. Vieron en el cosmos y en su propia biología el principio universal y lo recrearon en madera y piedra. Siglos después, en su arrogancia, llamaron invención a la copia como si hubieran inventado la gravedad al tropezar, o el fuego al quemarse con los rayos del sol —Noei quería interrumpirlo, pero liberaba su estrés dando más y más vueltas al molino para que Relativo no dejara de correr—. Su mayor error fue usar sus copias como medida de valor y con ello despreciar al pulpo, porque su inteligencia no construye un cohete ni pone a girar roedores. Así como ignorar la consciencia de la red micelial porque no gira un molino. El *Homo Sapiens* es la especie que vio girar al universo, sintió girar sus propios huesos, y en lugar de unirse al canto de la vida creó un eco disonante y lo enaltecó como su propia voz. Evidentemente, en una competencia de ciegos nunca verán otros ojos, y en una competencia de muerte la vida no tiene ningún valor. Ustedes no son el *Homo Sapiens*, quizá sólo... el *Ego SapienZzz*.

Relativo se cansó, el molino le dio unas vueltas y lo arrojó fuerte a la pared, para luego colapsar en convulsiones sobre su charquito de sangre. Noei ni siquiera desvió la vista del polluelo, susurró que esa fue la última oportunidad para clasificarlo inofensivo y fracasó. Contuvo sus lágrimas y salió de prisa gritando que ese no podía ser un Ser perfecto.

—Vivo, ¿cómo sería perfecto? —escuché al polluelo como un trémulo en mi cabeza.

Luego caminó lento hasta el hámster, sus ojos destellaron púrpura y me acerqué a ver lo que haría, no sé si esperaba magia, y entonces picoteó el cadáver. No lo cuestioné, él no lo mató, pero la muerte no tiene consentimiento, y debía servir de algo, ¿no? Además, él no había comido nada de lo que le dábamos... No sé cuándo empecé a pensar por él. Sólo me sentí sola en la neblina púrpura, y para romper el silencio le pregunté... Si nosotros somos eso, ¿Qué eres tú?

8. Occasus Entis.

El ocaso del Ser.

De saber lo que pasaría, no habría dejado a Linda sola con el pájaro. Cuando la vi en el comedor negó creer en la humanidad de la anomalía, no lo llamó polluelo. Se escudó en Pec y su palabrería rimbombante para decir que teníamos que hacerlo. No puedo decir que la odio por eso. Tampoco la entiendo.

La recordaba... ensimismada, absorta en los ojos del ave, desde el inicio ella lo comprendió todo, más que nosotros, más que Eduard, sin embargo, su conclusión fue que una verdad vacía es insoportable, siempre mejor una mentira con sentido. De cierta forma puede que tuvo razón...

La dejé sola con el pájaro al sentirme derrotado, fui a buscar otra excusa para justificarlo, para salvarlo, para dejarlo libre, quería creer en su animalidad y liberarlo, o en su humanidad y... pero el destruyó la nuestra. En el pasillo escuché su conversación tras irme:

—¿Qué eres tú? —dijo ella con voz vacilante—. Dijiste que elegiste ser lo que eres... ¿Elegiste?, ¿entonces pudiste elegir cualquier forma?

La nueva voz del polluelo no tenía límites, escuché su respuesta en mi cabeza sin que me viera o yo a él.

—Mi forma es para sus ojos, son la única especie que rehúye o aplaude según la apariencia, necesitan su interpretación del mundo... Mi esencia siempre es la misma.

—Tu... esencia —dijo como si intentara descifrarlo—. ¿Cómo es eso?

En ese momento no imaginé lo que pasaba, pero escuché su grito sin que ella gritara, y sentí su corazón acelerado, su deseo de desaparecer o arrancarse los ojos. Linda nunca quiso contarme lo que vio, pero estuvo más convencida de seguir adelante con el plan de Pec después de esa conversación. Cuando hablé con ella me dijo:

—Tenemos que hacerlo... si acabó con la rueda, si acabó con Eduardo, con nosotros; acabará con la humanidad, no importa cuánta razón tenga ni qué tan perfecto sea, si la autoconservación no forma su filosofía tenemos que mostrarle porqué la nuestra sí.

La siguiente semana el laboratorio era un abandono. El pájaro inerte en su jaula, telarañas en las esquinas, la mesa polvorosa... Escuché antes el discurso de la hija de Erik, una rara fábula sobre la sociedad como un polluelo, y luego entre esos días los oficiales la detuvieron en una marcha y no se supo de ella hasta que surgió su cadáver en las alcantarillas. La agencia extrajo su diario y confirmamos que su discurso del pacifismo hipócrita venía del pájaro. Erik, ay, Erik, si siguieras aquí...

Su asesinato provocó tanta indignación que las protestas violentas ya no fueron hechos aislados sino diarios, La Furia Pacífica se volvió fuego, y ese... Ah, ese maldito pájaro me miraba sereno como si se burlara de la desgracia. Si no me detuviera el miedo a lo que Linda vio, estoy seguro que lo habría pisoteado en ese momento, pero también la bata de Erik, con sus dobleces en las mangas por lo larga que era me recordaba la humanidad que todavía me quedaba... Odio hablar en pasado.

En fin, mi cáncer de pulmón no me impidió llenar el piso con cigarrillos a medias; me arrepentía, lo tiraba y luego encendía otro. Y cuando el día llegó, el Homo Ethicus nos miró desde su jaula toda la tarde, no se comunicó ni intentó algo, y con esos ojos tan negros dudo que nos mirara, tal vez disfrutó mi discusión con Pec por los malditos cigarros.

Pec fabricó hasta el último segundo los cascos... esos malditos cascos. Linda lo elogió exageradamente al verlos, ¿sabía lo que haríamos? Durante los preparativos me percaté de estar sentado en la silla de Erik, miré con odio al pájaro como él lo haría, y al cambiarme de asiento noté en el borde de la ventana una taza de café, habría de llevar ahí al menos un mes, sé que era la taza de Eduard porque tenía su tesis impresa. Vi a través de la ventana y las nubes me devolvieron la mirada de Frank, juicioso, como si supiera lo que haríamos, y entendí que mi conciencia comenzaba a pesar, a donde mirara calaría porque sabía que era delgada la línea entre ciencia y maldad, pero no había opción.

¿Y si hace cincuenta mil años hubo ya un ave que nos enseñó el fuego?

¿La rostizamos?

Pec llegó a las ocho de la noche agitado, sudoroso, emocionado. Y tras nuestra discusión explicó su plan perfecto con el Ser perfecto, y que si tardó no fue por su intelecto sino por el escás en el mundo. Los siguientes veinte minutos enumeró cada maravilla que el magnetismo haría no en nuestro cerebro, sino en las ondas del polluelo. Su principio era tan básico, y su fin tan monstruoso. Linda se probó el primer casco, y de un ojeroso rostro joven pasó a una cabeza amorfa metálica cristalizada, aunque Pec insistiera que eran de obsidiana. Por encima de los ojos había dos mangueras en lugar de un visor, y en la boca había un agujero retráctil que recordaba al que el pájaro tuvo en su huevo. Era como un tesseracto en una pirámide circular, era complicado y tortuoso, era tan... Pec. El siguiente casco se lo puso él, y finalmente yo, con una asfixia psicológica al sentirlo sellarse alrededor de mi cuello, y al estar tan seguro de sentir la sonrisa de Linda, aunque no pudiera verla.

Entramos a la sala, la luz era tenue, en la televisión había noticias del desplome económico, y el pájaro permanecía enjaulado, nos miraba cada

átomo. Sentí en mi pecho una estática ligera, luego nada, Pec se burló y dijo que funcionaba. Así iniciamos el proceso, seguros de que estábamos a salvo... Mis manos temblaban, no podía teclear correctamente en la SS, me distraía tanto ver cómo Linda sujetaba al pájaro con la fuerza que sujetaría a una persona, y Pec nivelaba la sonda con la precisión de su mente intacta. No podía ver sus caras, no supe si reían o lloraban o si estaban concentrados, quisiera haberlos visto, en el cuello de Linda vi ríos de agua que en el momento pensé era sudor. Ojalá supiera que fueron lágrimas.

De pronto Pec introdujo la sonda y atravesamos el diminuto cráneo, sentimos una estática intensa, incluso el televisor perdió señal. Saltaron hasta mis manos virutas de mármol, y en lugar de sangre expulsó un denso vapor que se coló en nuestros cascos impenetrables junto con la voz de Frank, no nos hablaba a nosotros sino al huevo. «Tanto amor no te hará perfecto».

Pese a eso los cascos realmente funcionaban, no había pájaro en nuestras mentes, el único detalle... Veíamos su revoloteo, picoteos y la desesperación en sus ojos negros. Pero sin un grito, cualquier crimen es siempre más soportable, y sus ojos entonces cayeron a la mesa. Pec intentó tomar uno y se cortó a profundidad, eran de obsidiana, su mirada siempre fue filosa.

La Supercomputadora Sapiens nunca mostró nada, la sonda no sirvió de nada, y el cuerpecillo de mármol pulverizado, con sus plumas vaporizadas, lo desechamos en bolsitas plásticas sin haber encontrado órganos, ADN, nada.

La televisión mostró señal, la estática se desvaneció sin que supiéramos cuándo, y el noticiero mostraba urgente las intensas protestas en todo el país, olía a revolución. En las imágenes me pareció ver al pájaro, Linda corrió a la ventana, fui tras ella, Pec tras mí... Cientos o miles de personas clamaban no por justicia, no por leyes, no por democracia, por consentimiento. Había enmascarados como polluelos, otros sostenían lonas y carteles con el rostro o cuerpo de un pollito ilustrado, el mismo dibujo que hizo la hija de Erik en su diario, y junto a este símbolo la fotografía de ella como revolución. Lo destruían todo, los policías huían o se unían a las máscaras de pollos, y cuando me acerqué más al borde para mirar abajo, un manifestante con máscara volteó a verme, era el rostro exacto del pájaro. Sentí que él me miró, y sé que él supo, pese a mi casco, que yo lo miré devuelta. No hizo más, siguió su camino de lucha y gritos, pero su mirada se quedó en mi pecho.

Le iba a reclamar a Pec, cuando lo vi destrozado frente al televisor: Sin memoria para el presidente Atómico.

El país de Pec, compasivo con el enemigo, no recibió la misma compasión cuando este se recuperó. Ninguno nos quitamos el casco, pero sé que lloró, lloró por Frank, por Erik, Eduardo, por su país...

—¿Se dan cuenta de lo que hicimos? —les dije en mi micrófono y Pec no alzó la cabeza.

—¿Qué hicimos, Noei? —dijo Linda masajeando los hombros de Pec—. ¿Nos afecta en algo la muerte de un ave? Mira —señaló el noticiero y negó—, a diario mueren miles y no lloras, y aves mueren millones para que te las tragues y no te quejas, ¿qué tiene este de especial?

—Nosotros lo...

Pec me interrumpió con un grito desgarrado:

—¿Te afecta en algo?!

—No —le dije y miré a la ventana—. Le afecta a la humanidad.

Esa noche de huevos estrellados en el cielo, no sólo murió el Ser perfecto, no sólo matamos al último humano, también fuimos testigos de la extinción de la humanidad, pese a todavía caminar sobre la Tierra...

El Ser perfecto.

El glaciar Thwaites engulló al país de la costa infinita. Dicen que fue la venganza de la naturaleza, el agua reclamó el fuego nuclear, pero no siento la alegría patriótica que debería. Leo estaba ahí.

El fuego de la chimenea crece y parlotea con el crujido de la leña; parece saber que su misión es tragarse mis palabras y las de Erik. El colapso que prometí dominar con diques se tragó a mi hermano, y al rememorarlo, sé que todo inició con el ave. Su silencio final no fue resignación, fue burla. Quitármelo todo fue su venganza póstuma. De alguna manera, sigue aquí.

Linda creyó lo mismo. Fue útil durante las pruebas del lenguaje sensorial, hasta que su mente colapsó. Decía ver al pollo en sombras, sentir la estática en el pecho como otro corazón. Cuando concluimos, la tierra se la tragó igual que a Leo. El reporte oficial dice suicidio planificado; prefiero pensar que huyó a un lugar donde el polluelo no existe.

Yo me quedé. Leí la carta que robé del cadáver de Erik antes de que lo encontraran y supe que soy el héroe de esta historia. Su hija murió sin saber que su padre no era un depresivo, sino un profeta condenado, pero mostrar su lucidez habría sido validar la extinción; yo la evité.

Incluso fui nominado al Nobel. No lo recibí por el colapso global, y no lo necesito; mi collar con la obsidiana del ave es suficiente. Quise compartirlo con Noei, pero él insiste en dejarse el casco. Vaga por ahí sin quitárselo, no para ignorar al polluelo, sino porque sólo así justifica su silencio. Sin el casco, tendría que confirmar que lo asesinó. Al menos el miedo fue más fuerte que el cáncer: dejó de fumar.

Y ahora, frente al fuego, pienso en Frank. Mi ídolo, mi mejor amigo. Siempre dijiste que cambiarías al mundo, Frank. El mundo ya no sabe de ti, pero vaya que lo cambiaste. Tu obsesión nos trajo la prueba para ser perfectos, esa que perdimos al buscar nuestra humanidad. Eddy tuvo razón antes de que le cortara el cuello: la consciencia es nuestra mayor justificación para no tener conciencia. Y si según el ave sólo un humano puede sufrir por serlo o no, y yo ya no lo soy, entonces yo superé esa arrogancia.

Yo salvé a la humanidad deshaciéndome de la mía.

Yo me maté por la vida.

Yo soy el Ser perfecto.

FIN...

(De aquí en adelante, el resto son notas o borradores para mí mismo, no los integres en lo anterior).

Y Frank, ay, Frank, lo que un mínimo error humano puede provocar en la vida de una persona. Él siempre me dijo que sería grande, más grande que el tiempo mismo, decía que cambiaría el mundo. El mundo ni siquiera sabe de él, y vaya que lo cambió. Su ciencia y su obsesión nos trajo al Ser perfecto, aquel al que perdimos en búsqueda de su humanidad... Ahora lo entiendo todo, y lo único con lo que me quedo es con aquella frase dicha por Eduardo un día antes de su muerte:

—La consciencia es nuestra mayor justificación para no tener consciencia.
¿Pero a quién le importa? Gané el Nobel.

Gané el Nobel. Soy exitoso. ¿Dónde están quienes no me escucharon? Y realmente... ¿a quién engaño? Estoy solo. Noei rechazó mi invitación a incluirlo en mi descubrimiento, vive ajeno a la realidad con ese casco magnético que sustituyó su cabeza. Él alega que no teme escuchar al polluelo, lo contrario; quitarse el casco y no escucharlo, confirmar que lo asesinamos. Pobre hombre.

Linda lleva meses desaparecida, decía ver la sombra del espécimen, sentir la estática en su pecho e incluso asociaba cada sensación de su cuerpo a balbuceos que intentaba traducir. De ahí nació mi idea del lenguaje sensorial que practiqué en ella con ligeros electrochoques y sensaciones variadas, claro, con su *consentimiento*. En parte le debo el premio a Linda. Cuando desapareció simplemente intuí que habría escapado lejos de la culpa, pero fue tanta su planificación que los investigadores suponen suicidio. Fue buena compañera, buena mujer de ciencia, buena mujer.

Por otro lado, la nota suicida de Erik no reveló a un hombre desesperado ni impulsivo, no lo esperaba de él, al contrario, cada palabra fue cuidadosa y cada acción bien meditada. Adjunto su carta en esta misma con la intención de... quemarla. Quemarla junto a la mía. El mundo no tiene ojos para estas palabras.

¿Quién puede dar crédito al universo como bloque, al tiempo como dimensión? Erik cuenta que el espécimen le explicó esto, así llegó a la conclusión de que su muerte era necesaria para que no ocurriera la de su hija, y planificó su suicidio como un abrazo más que como una despedida. El ejemplo de que el individuo es como una salchicha cortada en rodajas, y que

cada corte es nuestro presente, y por tanto por más que se dispersen todavía son la misma salchicha existiendo al mismo tiempo en distintas partes, convenció a Erik al punto de tomar esa decisión. No sé si él lo haya pensado, pero, de ser cierto, ¿no significaría esto que el polluelo puede volver a nosotros en cualquier momento?

—El tiempo no transcurre, ocurre.

Fue esta la frase que Erik dejó grabada en su mente para sentir más inocente su acto, y su única petición fue mentirle a su hija. El espécimen sabía que era mentira, se supo cómplice de Erik, pero fue esta su última voluntad.

—Hazle saber a mi hija que la evolución está en la acumulación de pequeños cambios. Y la revolución. Si el polluelo le hubiera dicho todo lo que pasaría, ¿Erik todavía estaría aquí?

Y Frank, ay, Frank, lo que un mínimo error humano puede provocar en la vida de una persona. Él siempre me dijo que sería grande, más grande que el tiempo mismo, decía que cambiaría el mundo. El mundo ni siquiera sabe de él, y vaya que lo cambió. Su ciencia y su obsesión nos trajo al Ser perfecto, aquel al que perdimos en búsqueda de su humanidad... Ahora lo entiendo todo, y lo único con lo que me quedo es con aquella frase dicha por Eduardo un día antes de su muerte:

—La consciencia es nuestra mayor justificación para no tener consciencia. ¿Pero a quién le importa? Gané el Nobel.

Tengo mucho qué decir, y mis palabras son tan torpes. Cuento esto sin la intención de ser leído, pues esta carta y la de Erik terminarán en el fuego de mi leña, es más bien un desahogo para poder seguir con mi vida.

Después de analizar cada sensación que el espécimen nos transmitió y que traducimos a nuestro lenguaje sin pensar en hacerlo, logré inventar el lenguaje sensorial a través de electrochoques ligeros y vibraciones corporales. Cada palabra nuestra tiene un sonido y vibración especial, inconfundible, y esto me dio el nobel, mi mayor aspiración y tan vacío se sintió lograrlo cuando Noei rechazó que lo incluyera en mi descubrimiento.

Por otro lado, durante mi investigación Linda dejó de verme seguido, entró en un estado de psicosis y paranoia, decía ver en sombras al pollo, sentirse perseguida, observada e incluso sentir la estática en su pecho. Si ponía suficiente atención al recorrido de su sangre y la comezón en su piel, no tardaba en reconocer patrones que asociaba al lenguaje del polluelo. La última vez que la vi la llamé loca. Indignada tomó sus cosas, me gritó que nunca debimos ponernos los cascos y se marchó, tarde desde la cual nunca nadie supo de ella. Aunque por la cuidadosa planificación de su desaparición, los

investigadores sostienen que se trató de suicidio... Y la verdad es que mis ojeras han crecido, por las noches siento esa presencia en mi pecho y pienso que él volvió. No pensé que eliminar a un Ser no humano me marcaría tanto, y claro, cada vez que recuerdo la nota suicida de Erik me es imposible no sentir el mismo miedo y paranoia que quizá Linda vivió.

Y sé que Erik había pasado largas noches meditándolo, como si aquello fuera más un plan que un impulso, y la carta que robé de su cadáver lo confirma, al menos para mí, pues para el resto del mundo Erik tomó la salida fácil...

“El sujeto (que nunca se ha pronunciado ningún nombre) insiste en que nuestra percepción del tiempo está limitada por nuestra forma.

—El tiempo no transcurre. Ocurre.

Dice que nuestras memorias ocupan un lugar físico en el espacio, y que viajar a estas sería lo más cercano al viaje en el tiempo, asimismo con nuestro presente y futuro, como si el individuo fuera una salchicha que al ser cortada en rodajas conserva su individualidad, y por más que las rodajas se dispersen todavía son una sola salchicha. Así pudo describirme con más exactitud que mis recuerdos, a la edad de cinco años, incluso mis momentos más preciados, esos que sin darme cuenta recordé tantas veces que la memoria final era muy lejana de lo que pasó en realidad. Y ni siquiera yo lo entiendo.

¿Cómo podría creer esto?, ¿el tiempo como espacio? Me parece incluso más ridículo y aterrador que comunicarme con un pollo, pero tiene sentido, por eso a él no le importa morir, para él la muerte física es como cortar una uña al individuo. Lo verdaderamente aterrador es la muerte cuántica, aquella en la que cada instante de nuestra vida es destruido y por tanto muere el individuo total.

—Entonces, en teoría, si tuviera las coordenadas, tecnología y vida para llegar hasta ahí, ¿podría estar presente en mi nacimiento? —le pregunté con la curiosidad de un niño que no puede creerlo, pero quiere creerlo.

El sujeto me miró con sus malditos ojos sin fondo, sin reflejo, abrió su pico y escuché un ligero piar que hizo temblar mis orejas, y esas vibraciones se tradujeron en mi mente.

—Ahora mismo naces. Ahora mismo mueres. Si pudieras habitar el tiempo más allá de vivirlo podrías caminar hasta el momento en que esto sucedió, aunque hayas muerto.

—Entonces, por lo que habías dicho, si yo muero ahora, ¿podré seguir vivo en todos los momentos junto a mi hija?

—Sigues vivo, pese a estar muerto.

Entonces decidí que, si mi hija no quería volver a saber de mí por hacer ciencia para este gobierno, y quería luchar hasta lograr un cambio, yo no sería

un obstáculo en su vida, ni la causa de su muerte. Sin mí, probablemente viva más allá de lo que vivirá conmigo.

Lo último que le pedí es que no la dejara en la desesperanza, y él me dijo que sería una mentira, pero le insistí que a veces una mentira le da más valor a la vida, y aceptó que le diría la importancia en la acumulación de pequeños cambios...

No tengo mucho para decir, siempre fui hombre de pocas palabras, así que... Te amo, hija. ~~Te veré pronto~~... Te veo siempre”.

Es irónico. Él no vio esa carta como una nota de suicidio, era más como un abrazo y una explicación del porqué no lo da, hecha de tal forma que fuera siempre presente. Erik, ay, Erik, si tan sólo supieras cuánto sufrió Noei tu muerte. Hasta ahora vive con el casco puesto. No volvió a los experimentos, no volvió a su casa, ni siquiera toca su dinero, vaga en la calle con el casco, con el miedo no a escuchar al polluelo, sino a quitarse el casco y confirmar que nunca lo escuchará de nuevo.

Mientras tanto, las protestas terminaron en la represión más horrida de nuestra historia, con lo que se dice que vendrán mejores tiempos, y mi lejano país bombardeado por la bomba atómica recibió apoyo internacional, mientras el enemigo fue totalmente aislado. Es curioso cómo el pájaro ese vino a cambiarlo todo, vino a encaminarnos aún cuando parecía malo. Y todo esto por Frank, un hombre de vida arruinada por un error. Desde entonces el mundo experimenta la acumulación de los pequeños cambios.

Dicho todo ya, ahora mis palabras arderán en llamas.

Pues esto lo supo gracias a la nota de suicidio de Erik que robó de su cadáver antes que lo encontraran y nadie se enteró, y la cual ahora adjunta junto a su propia carta. Erik contaba cómo la razón de su suicidio no era un sinsentido, sino que a través del polluelo había logrado saber que su hija moriría por culpa de que él participara en el experimento, así que se suicidó creyendo que eso lo evitaría, y también estando convencido por el polluelo de que él podía ver a la hija de Erik en cualquier momento cuando quisiera pues habitaba la dimensión del tiempo como ocurrencia, no como línea. Sin embargo ese suicidio provocó precisamente que el polluelo se encontrara con esa chica y le diera las palabras que le hacían falta para estallar la revolución, por ello todo sucedió así. El

polluelo ya lo sabía pues todo ya lo había estado viviendo en presente, pero no dijo nada porque nadie le preguntó, e incluso aceptó de Erik mentirle a la hija con la frase de la acumulación de pequeños cambios, aunque el polluelo realmente supiera que la humanidad nunca cambiaría...

Por último, cuenta cómo Noei rechazó recibir el premio con él y que no se ha vuelto a quitar el casco magnético y se le ve poco. Lamenta no poder contarle la razón del suicidio de Erik, ni la capacidad del polluelo de regresar si lo quiere, pues teme que la sociedad termine por colapsar.

Las protestas terminaron con la mayor represión de la historia, y aquel lejano país del presidente Díaz recibió apoyo internacional tras las bombas atómicas, y el país enemigo fue totalmente aislado.

El mundo estaba experimentando la acumulación de los pequeños cambios.

Su tono es arrogante, inseguro por momentos.

Por último se disculpa con Noei y quema la carta;

"Dicho todo ya, ahora mis palabras arderán en las llamas".

"Esa noche de huevos estrellados en el cielo, no sólo murió el Ser perfecto, sino también condenamos a la humanidad a su extinción... pese a todavía caminar sobre la Tierra

"Y cuando aterrados de escucharlo estuvieron por poner fin al proyecto, la mente más brillante del estudio volvió a la sala con cascos magnéticos aislantes de ondas. Eran enormes, pesados, brutales; aquel que llevara uno vería en el espejo más una cabeza metálica sin forma y vulgar, que un humano. Y así, todos quienes se habían dado por vencidos regresaron al polluelo con esos cascos para no escucharlo mientras lo examinaban. El único detalle es que siempre verían su revoloteo, picoteos y la desesperación en sus ojos ante el dolor, pero sin un grito, cualquier crimen es siempre más soportable".

1. Nace del huevo.
2. Conferencia y primera presentación del polluelo. ¿Qué nos hace humanos?
3. Discusión sobre qué hacer. ¿Qué es la justicia? Dilema del juez empático.
4. Primeros estudios dolorosos y contradicciones. ¿Qué es el consentimiento vicario?
*Breve ensayo sobre la humanidad como meta y no como estatus, y la justicia como formalidad más allá de la funcionalidad. 20 páginas.
5. Enfrentamiento entre ambos y escape del polluelo. ¿Qué es la vida, qué es el ego, qué es la humanidad sin ello? Juicio cósmico.
6. Recuerdos de cómo fue creado y posterior liberación de zoológicos, olas de suicidios, la vida florece. ¿Qué es la humanidad; medida o estatus?
7. Mientras Pec se recupera crea unos artefactos, atrapan al polluelo. ¿Qué es la razón, qué es la superioridad, qué es la compasión?
*Breve ensayo sobre la humanidad, la dignidad y la conciencia. ¿Puede un cuerpo humano sin consciencia ser humano, y un cuerpo animal con consciencia no serlo? 30 páginas.

8. Cascos magnéticos y muerte del polluelo, extinción de la humanidad.
¿Qué haría perfecto al Ser perfecto y por qué la humanidad no puede serlo?

1. El huevo observa el asesinato del científico y finalmente eclosiona.
2. Un científico da una clase de lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, cuando lo interrumpen para llevarlo a estudiar un extraño polluelo.
*Breve ensayo sobre las cualidades humanas compartidas entre especies y el por qué somos tan humanos.
3. Los científicos discuten lo que deben de hacer, y entre chismes discuten el asesinato de su colega, a lo que el polluelo les transmite que fue un acto de venganza, y comienzan a discutir sobre la justicia y la venganza, todas sus conclusiones son apenas un acercamiento a lo que el polluelo les intenta transmitir, hasta que finalmente les comparte las ondas cerebrales que él sintió hace algunos años, cuando ese científico abusó de la chica que lo terminó matando. Todos quedan asqueados, se sienten violados y se sienten violadores. No entienden nada. Y al mismo tiempo lo entienden todo.
*Reflexión sobre la capacidad de la conciencia en otros seres, y el por qué entonces la humanidad es una medida, no un estatus, y la justicia impuntualidad, no sanación.
4. Algunos científicos han renunciado al estudio, otros han caído en depresión, ansiedad, han comenzado a tomar medicamentos y dicen sentir las sensaciones de que el polluelo todavía les habla, aunque no les esté hablando. Así, la mente más brillante del estudio decide hacerlo solo, pero al entrar en la habitación se enfrenta a la fría perfección del polluelo y este logra escapar, mientras el científico brillante termina en el hospital.
5. El polluelo recuerda su vida como huevo. Recuerda cuando fue concebido, cuánto amor recibió, qué tan bondadoso era su creador, qué tan malo fue el mundo con su creador, y toda la dicotomía en la que se gestó, y al final del capítulo, resulta que ha logrado liberar más de cincuenta zoológicos, y los empleados no saben por qué, pero lloran desconsolados.
*Breve ensayo sobre la humanidad, la dignidad y la conciencia. ¿Puede un cuerpo humano sin consciencia ser humano, y un cuerpo animal con consciencia no serlo?
6. El científico brillante se recupera y envía a que capturen al polluelo, mientras él se aísla para crear el artefacto perfecto contra el Ser perfecto. Cuando lo traen de vuelta, el científico les entrega a sus colegas los casos vulgares anti ondas cerebrales, y acuerdan todos examinar al pollo hasta encontrar la razón de su

humanidad y encontrar algo que nos vuelva a diferenciar de los animales aún si toman consciencia. El polluelo muere. La humanidad se extingue.

¿Cuánto importa el lenguaje
Más allá de lo que entiendas?
Estamos tan limitados que me aterra
Pensar en dejar de equivocarme.

¿Qué nos hace humanos?
¿Ha habido buenas respuestas?
Desde semilla la duda reduzco
¿acaso nuestros dos pulgares opuestos?

Y es que la empatía es importante,
Más la moralidad